

PRIMERA PARTE

ADELA de BATZ

1

NACIMIENTO Y BAUTIZO DE UNA NIÑA**París, un atardecer de fines de enero de 1789**

Los cascos del caballo golpeteaban rítmicamente el pavimento de la aristocrática calle de San Honorato. Corría un vientecillo frío que cortaba desagradablemente la cara del jinete. El cielo se estaba volviendo de un intenso azul oscuro. Se presagiaba una helada nocturna. A la altura del número 340 de la calle se levantaba una amplia mansión señorial. Ante su entrada, se detuvo el caballo y descabalgó el apuesto caballero. Llevaba el uniforme de oficial de la guardia francesa del rey, con distintivos de teniente coronel. Es todavía joven, tiene 34 años. La nobleza de su porte, sus maneras llenas de distinción y energía inspiran naturalmente respeto. Denotan al militar, descendiente de militares. Es el barón Carlos de Batz de Trenquelléon, que, después de un día de servicio, está ansioso por volver a lado de su joven esposa. Con paso ligero y decidido penetra en la casa y se dirige hacia una zona de la mansión, donde parece haber un pequeño apartamento.

Al ver a su esposa, un destello de veneración y amor resplandece en su mirada. Es una joven de 25 años. Inmediatamente se descubren en ella una natural distinción y una gran sencillez. También la luz que brilla en su rostro muestra el profundo amor que tiene a su marido. Se llama María Ursula de Peyronnencq. A pesar de su juventud, se puede adivinar la mujer fuerte, llena de sentido práctico y capacidad organizativa, que dará una excelente ama de casa acogedora y cordial. A sus ojos transparentes se asoma un alma sinceramente cristiana.

Con el saludo entrañable de los dos esposos se establece inmediatamente en la casa un clima de hogar apacible, que contrasta con el frío del exterior. Hace escasamente un año y cuatro meses que se casaron y su amor es cada vez más profundo y fiel. Ahora además tienen la alegría de estar a la espera de un descendiente. La mujer está embarazada de cuatro meses. Después de algunos comentarios sobre los acontecimientos de la jornada, el barón dice a su mujer :

- Creo que tendremos que volver a nuestro castillo de Trenquelléon. En nuestra región, como en todas, tenemos que elegir a los diputados nobles a los *Estados Generales*. Aparte de eso, los nobles nos tenemos que reunir en asambleas, también regionales, para redactar nuestros *Cuadernos de quejas*.

Efectivamente el 24 de enero, el rey Luis XVI había promulgado el decreto convocando los *Estados Generales*, que eran una especie de consejo extraordinario del rey. Quería encontrar soluciones ante la situación caótica de la economía nacional y ante la ebullición política. Los tres Estados: nobleza, clero y estado llano tenían que elegir sus diputados y reunirse por separado en asambleas regionales para consignar en las actas todas las acusaciones, quejas y peticiones que querían someter a la consideración del gobierno del rey. El título del barón radicaba en tierras de Feugarolles, Vianne y Lavardac, localidades todas de la Gascuña, la región que se extiende al sur del curso medio del río Garona. Precisamente a un kilómetro y medio del pueblecito de Feugarolles, se alzaba, aislado en pleno campo con su aspecto agradable y versallesco, el castillo de Trenquelléon, morada familiar de los barones.

- Y yo estaré mucho más a gusto en el campo -le comenta rápidamente María Ursula, su mujer.

- Estaba a punto de decírtelo. Me doy perfecta cuenta de que el ambiente de París, con sus frivolidades y sus inquietudes políticas, no te va. Estarás mejor atendida y más tranquila en Trenquelléon, para prepararte al nacimiento de nuestro hijo.

- Y ¿si es una hija?

- ¡Bienvenida será! Lo sabes muy bien.

Carlos, el barón, no podía ocultar, como cualquier aristócrata de su época, su preferencia por un primogénito varón, a quien legar sus títulos y herencias. Pero reciamente cristiano como era, asumía con felicidad la posibilidad de que fuera una hija. Llegaron sin vacilaciones a la decisión de dejar ambos París y este pequeño apartamento que disponían en la mansión de sus tíos, los condes de Malide. Hasta ahora habían aceptado de buen grado el generoso ofrecimiento que les habían hecho sus dueños. Había sido muy útil para que el barón pudiera cumplir su servicio de oficial de la guardia real, sin separarse de su mujer. Pero ahora, el barón tenía que volver por algún tiempo a sus tierras. La situación había cambiado.

Un halo misterioso de luz y de amor envolvía esta escena en el interior de la casa. La joven pareja miraba el porvenir familiar con esperanza. Les alegraba la venida de un hijo. Soñaban. Fuera, anochecía sombríamente. Estaba empezando a helar.

Castillo de Trenquelléon, una mañana de fin de marzo de 1789

La silueta de los robustos olmos de la avenida que conducía al castillo se recortaba en la clara mañana. El sol se levantaba lentamente iluminando un cielo alegremente azul. El aire puro, algo fresco todavía por la hora temprana, comenzaba a ser primaveral y convidaba a la esperanza. Los pájaros cantaban con alegría. El amplio patio común del castillo, que se extendía ante la residencia señorial, se despertaba a las labores del día.

El barón, con paso algo marcial, sale en ese momento a dar un paseo matutino por los alrededores. Sentimientos muy encontrados le embargan el corazón. El ambiente de la mañana está muy en consonancia con el clima familiar de gozo y esperanza que está viviendo en el hogar. Cada día que pasa le acerca al nacimiento de su hijo. Todo sucede con normalidad, su madre y sus hermanas se arreglan muy bien con su mujer. El barón sonríe al evocar en su imaginación a su mujer. Cada día la quiere más. "Es la más incomparable de las mujeres y va a ser la más tierna de las madres", piensa. Pero cuando vuelve su recuerdo a las tumultuosas discusiones que se han tenido en las reuniones y asambleas para preparar los Estados Generales, empieza a temblar por dentro. ¿Por qué están las gentes tan alborotadas? Sí, sin duda que negros nubarrones se ciernen sobre el porvenir político de Francia. Al final, el rey no va a tener más remedio que dar de alguna forma capacidad de legislar a los *Estados Generales*. Esto se está comentando entre los círculos cortesanos de Versalles. Hay una presión fortísima por parte del *Tercer estado*. Tales son las noticias que le ha enviado su tío, el conde de Malide, en cuya mansión estuvo habitando. En realidad nadie sabe lo que puede suceder. Su natural fidelidad al rey y su sentido militar ven que se debe reincorporar sin dilación a su servicio en París. En estas circunstancias, va a tener que dejar a su mujer en Trenquelléon, con la proximidad de un parto. Es verdad, atendida por todos los familiares y criados que habitan en el castillo. Pero se le desgarran el corazón, al pensar que él va a estar lejos, en París. Sería impensable que se llevara también a París a su mujer. "Estamos ante lo imprevisible", sigue pensando para sus adentros. Ya lo han estado hablando varias veces

entre los dos y no parece haber otro remedio que la separación. Los dos llegaron anoche a un acuerdo. El barón se reincorporará a su regimiento y María Ursula se quedará en Trenquellón.

Inundado por estos gozos y dolores, el barón ha caminado un buen rato por el campo. De pronto divisa un campesino que está algo retirado del sendero. Sin vacilar, le saluda muy afablemente y le tiende la mano con franqueza.

- ¿Qué tal, hombre? ¡Buenos días! Ya me he enterado que se casa tu hija, la que está en el castillo de ayudante de cocina. ¿Cómo van los preparativos de la boda?

- Gracias, don Carlos, muy bien. Además, tengo que agradecerle de corazón la dote que Vd. ha concedido a mi hija para que se pueda casar y establecer por su cuenta. Créame, señor barón, le estamos muy agradecidos toda la familia.

- ¡Nada, hombre! Ya sabes que, si Dios me da salud y vida, a pesar de estos tiempos tan agitados en que nos estamos metiendo, tengo el proyecto de hacer lo mismo con todas las jóvenes que están sirviendo en el castillo y quieran casarse. Que lo puedan hacer con dignidad. Con mucho gusto les ayudaré.

- No sabe Vd., señor barón, lo que le estimamos todos. Y ¿cómo va la señora baronesa? Todos esperamos con impaciencia el nacimiento de su hijo. ¿Será un hijo, no es verdad?

- ¡Hombre!, no podemos adivinarlo. Será lo que Dios quiera. La baronesa lleva bien su embarazo, muchas gracias.

La charla continúa amistosa entre el barón y el campesino. Intercambian noticias de sus respectivas familias. En toda la comarca, los barones eran muy queridos por su cercanía y por la comprensión y el interés que mostraban por todo lo que sucedía entre los campesinos y habitantes del pueblo.

Al volver al castillo, se dio cuenta de que ya estaban todos en el comedor para empezar el desayuno. Vio a su tío paterno, también don Carlos, como él, que entraba. Sus dos hermanas, Catalina Ana y María Francisca, y su mujer, María Ursula, ya estaban en la amplia mesa. Justamente su madre, María Catalina, subía en ese momento de la cocina, donde había estado para ver si todo estaba a punto. Durante el desayuno, el barón decidió anunciar su partida para reincorporarse a su regimiento.

- María Ursula y yo hemos estado hablando estos días. Creemos que yo debo volver a tomar mi servicio en París. Ella, debido a su estado y a la situación política, será mejor que se quede en el castillo.

- Sin ninguna duda -le interrumpe su madre-, la cuidaremos bien.

- No faltaría más -asegura el tío Carlos.

- Ya hemos quedado de acuerdo María Ursula y yo que los padrinos de nuestro futuro hijo seáis, tu, mamá -dijo el barón sonriendo a su madre- y el tío de María Ursula, Juan Bautista José de Naucaze.

- Te lo agradezco, hijo, porque me haces feliz. Va a ser el primer nieto.

- O nieta -dice suavemente María Ursula.

Con esta conversación familiar se va terminando el desayuno. El barón se asoma al ancho ventanal. Densas nubes comenzaban a aparecer en el horizonte. Lástima. Quizás se iba a estropear el tiempo. ¡Tan transparente como había amanecido la mañana!

Versalles, 4 de mayo de 1789

El teniente coronel Carlos de Batz, barón de Trenquelléon, está de servicio. Se va a celebrar la solemne procesión de todos los diputados a los *Estados Generales* y de la corte en pleno. Las anchas calles de Versalles están cubiertas por la guardia francesa del rey. A duras penas, pueden contener soldados y oficiales el número creciente de espectadores que han acudido desde París para admirar el espectáculo. Ventanas, balcones y azoteas están llenos de una muchedumbre multicolor que se ha vestido de trajes de gran fiesta.

Carlos de Batz está allí, con su uniforme de gala, atento al servicio, impaciente por que se termine el acto. Está allí, pero piensa en María Ursula. Y en su embarazo, ya adelantado. Va a cumplirse el octavo mes. Las noticias que ha recibido del castillo son siempre alentadoras. ¿Será niño o niña? Una sacudida de gozo le atraviesa el corazón. Quisiera que ya hubiera llegado el momento. A veces cree que no va a poder contener el deseo de abandonar París y galopar sin descanso hasta Trenquelléon para estar junto a su esposa.

Pero he aquí que avanzan ya a la cabeza de la procesión 550 delegados del estado llano (*Tercer Estado*), vestidos de negro, todos con una vela en la mano. A su paso, son aplaudidos y animados por los espectadores. Algunos están exultantes por ver reunidos a tantos representantes del pueblo francés. Detrás vienen los nobles, y con ellos llega el silencio. Los destellos de relucientes sables juguetean con los ricos trajes y los altos plumeros. Pero la gente calla. Le sigue todo el bajo clero. Otra vez el negro de las sotanas de los doscientos sacerdotes. Luego desfilan los altos prelados, con sus colores rojos y morados. Nadie se atreve a hablar. Finalmente la corte. Al rey, se le aclama, pero a la reina María Antonieta, se le llega a insultar. Esta reina no es querida; se entromete en todo; tiene caprichos incomprensibles... Se dirigen todos a la Iglesia de san Luis. Es la gran obertura religiosa de los *Estados Generales* que mañana empezarán solemnemente sus sesiones.

Durante todo el tiempo que ha durado la procesión, una fuerte nostalgia se ha apoderado del barón de Trenquelléon. El espectáculo que está viendo es todo aparato externo. El añora la intimidad de la vida familiar, de sus tierras, del trato abierto y sincero con sus colonos... El servicio ha terminado. Carlos de Batz se dispone a volver a París. Nunca le ha ensombrecido tanto la soledad. Retorna pesadamente a la realidad y recuerda con cierto hastío las discusiones acaloradas de estos días. ¿Qué van a decidir los *Estados Generales*? Todo París está exacerbado. La crisis financiera no sale del atolladero. La crisis política se agrava cada día más. El descontento del pueblo es enorme. Está subiendo una pujante marea de anticlericalismo. Pero ¿qué pueden hacer verdaderamente los *Estados Generales*? ¿Acaso se les puede dar más poder? No faltan personas que los quieren convertir en Asamblea Nacional Constituyente. ¿Adónde va Francia?

Feugarolles, Iglesia parroquial de San Ciro y Santa Juliana, 10 de junio de 1789

Las campanas están repiqueteando juguetonamente con alegría. La noticia se ha extendido por toda la comarca con la velocidad del relámpago. Hay bautizo. El nacimiento tan esperado acaba de producirse felizmente en el castillo. Es una niña. El ambiente es veraniego,

agradable de calor, casi de fiesta. Los campesinos y las gentes del pueblo se van congregando. La van a bautizar el mismo día de su nacimiento. Todos quieren presenciar el cortejo que va a llevar a la niña recién nacida a la Iglesia. Tienen la secreta ilusión de atisbar el rostro de la criatura. Prácticamente todo el pueblo se ha concentrado.

Los carruajes del castillo llegan a la Iglesia. Un cochero se precipita a ayudar a la abuela y madrina, doña María Catalina, que lleva con orgullo a la niña en sus brazos. El padrino no ha podido venir, pues está ocupadísimo en París. Pero ha delegado en el tío Carlos, que ahora baja de riguroso y brillante uniforme del carruaje. Se les unen en seguida Ana Catalina y María Francisca, que visten sus mejores galas, deseosas por acompañar a la sobrina en su bautizo. Las doncellas y criados del castillo vienen también ataviados lo mejor que han podido y contentos. La madre de la niña se ha quedado naturalmente descansando en el castillo. Y ¿el barón? Con harto dolor por su parte, está retenido por su servicio en París y no puede asistir al bautizo de su hija primogénita. Su firma faltará en el acta bautismal.

Junto a la pequeña pila están todos congregados. El párroco, Juan de Saint-Martin, revestido con ornamentos de fiesta, hace la pregunta de rigor.

- Adelaida María Carlota Juana Josefina, ¿quieres ser bautizada?

Responden al unísono, María Catalina, madrina, y el tío Carlos, representante del padrino Juan Bautista José de Naucaze.

- Quiero.

Y el párroco vertió las aguas bautismales sobre la niña. Según la costumbre un poco barroca de la época, sobre todo entre los nobles, se imponían varios nombres en el bautismo. A la salida de la ceremonia, todo eran comentarios entre los asistentes y espectadores. Uno de los temas que se discutían era el por qué de los nombres de la bautizada.

- ¿No es la madrina doña María Catalina? -decía una rolliza campesina- ¿De dónde ha salido Adelaida? ¿Ya no se prefieren los nombres de los padrinos?

- Y ¿cuántas Catalinas iba a haber en el castillo? -le replica un mocetón, criado del castillo-. Ya está la baronesa madre y la tía de la criatura, doña Catalina Ana. ¿No sabe Vd. que doña María Catalina tiene una hermana en París que se llama Adelaida María?

- He oído decir que la hermana de la señora está loca de alegría -tercia en ese momento una de las doncellas- porque la madrina ha escogido ese nombre para la ahijada.

- ¡Ojalá esta criatura saliera a sus padres! -comenta un campesino.

- Bueno y ¿por qué los otros nombres? -vuelve a preguntar la rolliza campesina.

- Muy sencillo -le contesta la doncella-. Carlota, por el señor barón. Juana Josefina por su padrino, el señor marqués de Naucaze, don Juan Bautista José.

- Pues con tanto protector, muy santa va a tener que ser esta niña -sigue comentando el campesino.

Los que mantenían esta conversación no podían adivinar que todo el mundo iba a llamar simplemente Adela a la niña. Adela, porque era el diminutivo de Adelaida. Adela, porque le gustó a la niña en cuando pudo darse cuenta de las cosas. Adela firmará, por lo menos en la

primera parte de su vida. Y desde ahora también nosotros la llamaremos Adela. Tampoco podía adivinar aquella gente que esa niña estaba destinada en los planes de Dios a un futuro extraordinario. De momento, Dios había invadido su alma por la gracia bautismal, llenándola de virtudes en germen. Con el tiempo, cuando Adela sea consciente de lo que sucedió aquel día, celebrará siempre con emoción agradecida el día de su bautismo.

Las campanas vuelven a redoblar alegremente. Y los carruajes se dirigen rápidamente hacia el castillo. María Catalina estrecha a la niña recién bautizada. ¡Qué luminosa y radiante parece! ¿Qué querrá Dios de ella? ¿Qué será esta niña?

París, 14 de julio de 1789

Cumplía Adela treinta y cuatro días de vida. Se desarrollaba con normalidad. Todo el mundo en Trenquelléon estaba fascinado con la niña. Sólo se sentía con dolor una ausencia. Retenido por su servicio, el barón de Trenquelléon todavía no había podido conocer a su primogénita.

Y precisamente, en París, ese día, el barón estaba aterrado. Las calles de París se habían despertado aquella mañana con un griterío desenfrenado de gentes incontroladas:

- ¡Armas, fusiles, cañones, pólvora!

Las masas tumultuosas se dirigían a la *Bastilla*, donde se custodiaban algunos presos. Una turba con palos, picas, hachas y mazas pedía armas más convincentes. Las tropas de la *Bastilla* hicieron fuego, más bien para espantar y disuadir que para hacer daño. Pero se produjeron un par de heridos y las masas se desataron gritando sin cesar

- ¡Traición! ¡Venganza y muerte!

El barón no podía dar crédito a sus ojos. Un sudor frío le corría por la espalda. Felizmente aquel día no estaba de servicio y no iba de uniforme, ni estaba armado. Desde una esquina, inmovilizado por los movimientos incontrolables de las masas, no pudo menos de contemplar la escena.

Por espacio de dos horas crepitó un fuego de fusilería. Las masas cada vez eran más numerosas, pero estaban detenidas por el miedo a las tropas. Había partido de la *Bastilla* algún que otro cañonazo, que, aunque disparado sin intención de dar, imponía respeto. Pero había algún que otro herido. Y todo se precipitó sin remedio. Ante la arenga impetuosa de un desaforado, dos compañías de guardias franceses, acantonadas ante el Ayuntamiento, se unieron al populacho para atacar a la Bastilla.

El horror del barón fue inmenso. ¡Gentes de su mismo regimiento insubordinadas! Para evitar una carnicería, el comandante de la *Bastilla* se rindió. Y el populacho se desató incontenible. Rodaron las cabezas de los defensores de la Bastilla. Las tropas regulares que se habían unido a los atacantes no pudieron impedir los desmanes ni garantizar la seguridad de los que se habían rendido.

El barón de Trenquelléon estaba deshecho. Jamás hubiera creído que pudiera suceder lo que acababa de ver. Le gustaba el progreso y quería la evolución de Francia hacia un estado más moderno. Pero no así. Y empezó a temer por su esposa, por su hija, por su familia, por Francia.

Castillo de Trenquelléon, finales de septiembre de 1789

Llueve furiosamente. Y siguen retumbando truenos estrepitosos. María Ursula está en su cuarto y mira con amor a su hijita Adela. Está durmiendo en la cuna tan esmeradamente aprestada. En medio de tormentas parece descansar con mucha paz. ¡Cuántas cosas han pasado desde el día de su nacimiento! María Ursula se estremece y eleva su corazón a Dios. "Estamos en sus manos", piensa con fe. Los horizontes de la tierra se están volviendo amenazadores. El 4 de agosto se han abolido todos los privilegios de la nobleza. Y todavía no ha podido comprobar todo el alcance de esta medida. La verdad es que todo se vislumbra muy confuso. El 24 de agosto, su marido ha sido condecorado con la cruz de san Luis. Y el 31 del mismo mes, el rey disolvió el regimiento de la guardia francesa. Según le ha contado su marido, las ideas de la revolución estaban haciendo estragos y empezaban a brotar gérmenes de indisciplina. Además estaba el asunto del ataque a la *Bastilla*. Y ya no existía la guardia francesa. Sus oficiales fueron puestos en situación de disponibilidad.

María Ursula suspira y se sumerge en un mar de contradictorios sentimientos. Debido a estos acontecimientos, el barón ha podido volver a Trenquelléon. Conserva su sueldo y su graduación, pero no tiene destino. Por eso ha vuelto rápidamente a su familia y a sus tierras. ¡Qué emoción, cuando dio el primer beso a Adela! ¡Cómo la quiere! Si no fuera por todos los intranquilizadores sucesos externos, gozarían de una profunda felicidad. Aunque es verdad que en la comarca, por el momento, hay bastante calma. Los ánimos no están exaltados como en la capital; los ecos de los tumultos de París llegan con retraso y no provocan repercusiones fuertes. Pero ¿quién puede predecir lo que se puede desencadenar?

La lluvia golpetea los cristales de la ventana. Es final de septiembre, mes de la vendimia y principio del otoño. Tiempo de cosechas y de sombras. Pero estos días, María Ursula siente la cercanía confortante de su marido y la encantadora compañía de su hija. Y vuelve a mirar con amor a su hija y a elevar su corazón a Dios con una plegaria de agradecimiento. Esta hija es una bendición de Dios.

2

RECUERDOS DE UNA INFANCIA ESTREMECIDA**Castillo de Trenquelléon, fines de octubre de 1791**

Adela tiene casi dos años y medio. Es una niña muy despierta, casi impulsiva. Su madre le transmite con cariño el amor al Niño Jesús y a la Virgen María. En el castillo, hay una capilla, donde su mamá reza y, por las tardes reúne a todos para rezar. Sus padres crean un clima de amor y ternura; las personas del castillo son buenas. Su mamá también le ha dicho con mucha delicadeza y amor que va a tener un hermanito o hermanita. Efectivamente, la baronesa está de nuevo embarazada. Pero se puede palpar una tensión creciente, no por la situación de dentro, sino por los sucesos de fuera.

Llegan noticias inquietantes al castillo y aumentan las preocupaciones. En febrero de 1790, hubo un levantamiento de labradores en la comarca, aunque lejos del castillo. En varios lugares saquearon e incendiaron las propiedades de los nobles, quemaron incluso los bancos de las Iglesias. Posteriormente, se calmó todo de nuevo. El 24 de agosto de 1790, después de mortales días de dudas y angustias, el rey promulgó la *Constitución civil del clero*, que equivalía prácticamente a romper con el Papa y constituir una Iglesia francesa en pleno cisma. Y lo que es más grave, desde el 27 de noviembre de 1790, se exigía a todos los eclesiásticos el juramento de fidelidad a esa Constitución. La inmensa mayoría de los Obispos y muchos sacerdotes, fieles al Papa, se niegan. La Iglesia se desgarró en dos: una Iglesia constitucional que ha jurado y una Iglesia refractaria que se ha negado a jurar. Y así, la Iglesia refractaria se ve prohibida, amenazada de persecución, y pierde todos sus cargos y bienes. Muy pronto, quedará reducida a la clandestinidad. El 13 de febrero de 1791, la *Asamblea Nacional Constituyente*, por su propia autoridad, suprime todos los votos religiosos y prácticamente disuelve las Ordenes y congregaciones religiosas. Era un ataque frontal contra la Iglesia.

Adela no podía saber nada de esto. Pero veía rostros de preocupación y de miedo entre los habitantes del castillo, familiares y criados. Varias veces había visto a su padre ausentarse en viajes a París. Efectivamente, el barón muy inquieto por el cariz que estaban tomando las cosas, había ido a enterarse de primera mano y a comentar con sus amigos y familiares parisinos la evolución de los acontecimientos. Especialmente, había estado con sus dos tíos, el conde de Malide, en cuya casa había habitado, y con el hermano de éste, monseñor José de Malide, obispo de Montpellier, diputado en la Asamblea. Adela sentía en su interior las ausencias de su padre y, en cuanto no lo veía, preguntaba con una expresión de inquietud:

- ¿Dónde está papá?

Precisamente ahora, su padre estaba en el amplio salón del castillo con un aristócrata de Agen, la ciudad principal de la comarca. La preocupación había llegado a su colmo con el intento de huida de Luis XVI y su familia y su detención en Varennes el 22 de junio pasado.

- Esto es intolerable -comenta el noble de Agen-, el rey ya no es libre, lo tienen prisionero en París.

- Te confieso que estoy muy preocupado -dice el barón de Trenquelléon-. Se está destruyendo a la Iglesia, atacando al rey. Mis dos hermanas, una religiosa y otra todavía

novicia en el convento de dominicas de Prouillan, por no prestar un juramento denigrante, han sido expulsadas sin recursos y han tenido que buscar un escondite en Condom. Pero ya sabes que tenemos aquí, en Feugarolles, un párroco que ha jurado la *Constitución civil del clero*. El pueblo está muy receloso, se apartan de la Iglesia, no confían en él. Mi mujer tiene muchos reparos, y yo la comprendo. Muchos están diciendo que estos sacerdotes juramentados son cismáticos; que no podemos recibir de ellos los sacramentos. Esto nos está proporcionando muchas amarguras. No soy teólogo, soy un militar. La fidelidad al rey es algo parecido a la fidelidad al Papa. La Iglesia de Francia está llena de confusión; está dividida. Camina a su ruina.

- Estamos exigiendo del clero fidelidad al Papa -sigue comentando el noble de Agen-. Y nosotros, ¿qué estamos haciendo? El rey no es libre, es hora de hacer algo para liberar al rey; es un deber de conciencia. ¿No lo crees?

- No me atormentes más. Me lo he planteado muchas veces. Has podido comprobar que muchos de nuestros amigos han emigrado. No sé que pensar. Al principio, me parecía una huída. Ahora, no. El príncipe de Condé está preparando un ejército para unirse a los nobles de toda Europa. El rey ha sido desposeído de sus poderes; está prisionero. Como decíamos, hay que liberar al rey. Se me está partiendo el corazón por la corta edad de mi hija Adela y por el estado de mi mujer, que está de nuevo embarazada ya de siete meses, pero voy a tener que marcharme y unirme yo también a nuestros compañeros militares que van a intentar intervenir con el apoyo de fuerzas extranjeras para restablecer la monarquía en Francia. Los obispos y sacerdotes que cumplen heroicamente su fidelidad al Papa, negándose a jurar esa vil Constitución nos están dando ejemplo.

- Sí -vuelve a decir el noble de Agen-, ya he leído el manifiesto que ha publicado el príncipe de Condé. Con él está también el conde de Artois, que están haciendo lo que pueden para implicar a Austria y Prusia. Es un deber de conciencia apoyarles. ¡Hay que liberar al rey!

En ese momento, entra corriendo en el salón la pequeña Adela. Quiere agarrarse a su padre. En un arrebato de cariño paterno, el barón coge en brazos a su hija y la estrecha contra su corazón. En la cara del barón se ve reflejada toda la angustia y el dolor, que le está causando la decisión de separarse de su mujer y de su hija, para ser coherente con su juramento de fidelidad al rey. Besa con inmensa ternura a su hija y dos gruesos lagrimones caen por su cara. ¿Presentiría Adela que su querido papá se iba a ir muy pronto lejos y que se iba a quedar prácticamente huérfana de padre varios años?

Feugarolles, iglesia parroquial de San Ciro y Santa Juliana, 26 de enero de 1792

Esta vez, no hay repiqueteo de campanas. Y sin embargo hay bautizo. El tiempo es desapacible; hay viento y hace frío. El invierno está triste. Hay miradas de reojo entre algún que otro vecino que se aventura a asomarse a la puerta de su casa. Se respira mucha tensión. El párroco se da perfecta cuenta de que la familia del barón hubiera preferido mil veces que el bautizo lo administrara un sacerdote no juramentado. Desde que juró fidelidad a la *Constitución civil del clero*, ha perdido casi todas las simpatías; el pueblo lo está considerando cismático. Pero él es el párroco y, si el hijo del barón que acaba de nacer ese mismo día quiere tener existencia civil, no tiene más remedio que bautizarse en la parroquia. En Francia, todavía en este tiempo, no hay más registro civil de nacimientos que el libro de bautizos.

Con suma discreción, llega a la parroquia la comitiva del castillo. Baja de la carroza el tío abuelo Carlos, que esta vez es el padrino auténtico. La madrina es la abuela materna, doña Isabel de Naucaze, pero no ha podido desplazarse de Figeac, donde reside. La

representa la tía Catalina Ana, hermana del barón, que viene con el bebé en sus brazos. La otra hermana, la tía María Francisca, llega con Adela, que asiste muy seria al bautizo de su hermanito Carlos Policarpo. Carlos, por su padrino, y Policarpo, porque es el día de San Policarpo. ¿Qué sentiría la pequeña Adela? Su mamá se ha quedado en la cama, en el castillo. Y ¿su papá? Tampoco está. Por eso, Adela se agarra instintivamente con fuerza a su tía María Francisca, la está empezando a querer mucho.

Cumplidos todos los ritos y hecha la inscripción reglamentaria, la comitiva se vuelve rápidamente al castillo. Los tiempos no están para muchos regocijos.

Castillo de Trenquellón, 19 de mayo de 1792

Adela está impresionada y algo asustada. Tiene ya casi tres años y un temperamento cada día más vivo. En el salón del castillo están reunidos cinco señores con su madre, su abuela, su tía Catalina Ana y hasta el tío abuelo Carlos. Ella se coge en seguida a la mano de su tía María Francisca. No sabe lo que ocurre.

Esos señores, son dos inspectores del distrito de Nérac, el alcalde y dos funcionarios del ayuntamiento de Feugarolles. En este momento, uno de los inspectores explica el motivo de su irrupción en el castillo.

- Ciudadanas -dice-, el ciudadano Carlos Batz figura en la lista de emigrados del distrito de Nérac.

Suena rara la manera de dirigirse a sus familiares y de nombrar a su padre. Adela lo presiente, sin tener mucha conciencia de ello. Han desaparecido los términos "Señora baronesa", "Señor barón". Y al nombrar a su padre, le han suprimido el "de" del apellido. Ya no hay nobles en Francia; todos han tenido que depositar sus títulos en el Ayuntamiento y han quedado reducidos a simples ciudadanos. Aunque el tono y la actitud de los cinco señores no es amenazador, hay algo extraño en el ambiente.

- En conformidad con la ley, recientemente promulgada por la Asamblea legislativa de la nación -continúa diciendo el inspector-, es nuestro deber elaborar un inventario de todos los bienes del ciudadano emigrado, a quien se prohíbe el retorno sobre el territorio nacional, y cuyos bienes pasarán a ser propiedad de la nación. Esperamos de todos Vds. una leal colaboración para establecer este inventario.

El tono sigue siendo correcto, casi como pidiendo excusa de tener que cumplir esa formalidad. Pero el contenido de lo que ha dicho es serio y grave. Adela ve, cómo durante mucho tiempo, estos señores van y vienen por todas las habitaciones, escribiendo y escribiendo largas listas en sus papeles.

Ya se han ido todos los extraños. Los familiares se reúnen en el salón muy preocupados. La baronesa tiene en sus brazos a su hijo Carlos Policarpo, que va a cumplir cuatro meses. La abuela dice con voz autoritaria:

- Hay que hacer algo rápidamente. Hay que consultar todos los títulos legales. Tengo la seguridad de que el contrato matrimonial mío, el testamento de mi difunto marido e incluso el contrato matrimonial vuestro, María Ursula, deja todos los bienes indivisos entre todos los miembros de la familia.

- Hay que moverse con rapidez -insiste el tío abuelo Carlos.

- Creo haberle oído comentar a mi marido -tercia María Ursula- que hay algo también en la profesión religiosa de mi cuñada. Pero no creo que valga mucho este argumento en estos tiempos. Mis dos pobres cuñadas están más bien, por decirlo rápidamente, en la clandestinidad haciéndose olvidar.

- Pero está también mi hermano Francisco, el marino -dice Catalina Ana-; todos tenemos derecho de forma indivisa a la propiedad. Mi hermano, el barón, no es el único y exclusivo propietario.

En efecto, Francisco de Batz, hermano pequeño del barón, es oficial de la marina de guerra de Francia y ha servido brillantemente en la guerra de la independencia de las colonias inglesas de América. Últimamente había sido ascendido a capitán de navío y no ha emigrado.

De común acuerdo, la familia reunida encarga a la tía Catalina Ana que consulte en seguida a algunos abogados amigos en Agen y dé alguna respuesta, para parar o, por lo menos, reducir al mínimo la confiscación de los bienes. Catalina Ana va a emprender con ánimo y muchas dificultades toda una serie de gestiones para evitar la catástrofe de una confiscación masiva de los bienes.

La señora Pachan

Llegó al castillo, llena de susto y desconsuelo. Se llamaba en realidad Mariana Pereyra Pachan. Llamó temblando a la campana. Se dirigió tímidamente a la baronesa. Le expuso con franqueza su situación. Era religiosa y había sido expulsada de su convento. Tenía un hermano sacerdote, también perseguido. Buscaba un abrigo y un escondite. El corazón de María Ursula se conmovió. Era muy caritativa y generosa. La acogió con amor. Desde entonces fue una habitante más del castillo y se le llamó la señora Pachan. Ella, por su parte, ayudaba todo lo que podía en diversos servicios. Ahora, cuando estuvo segura de haber encontrado el refugio tan deseado, sonrió levemente, agradeciendo efusivamente la acogida de la baronesa. Adela contempló la escena. Cada día admiraba más a su mamá. ¡Qué bondadosa era! Adela, en ese momento, no sabía que la señora Pachan le iba a acompañar tantas veces, a lo largo de su vida, en sus viajes y desplazamientos.

Jemmapes (Bélgica austriaca), 6 de noviembre de 1792

Era todavía de noche. Una espesa niebla hacía todavía más impenetrable el horizonte. El barón Carlos de Batz de Trenquelléon está meditabundo y muy intranquilo. Se halla ahora al mando de una compañía de guardias franceses, que ha restablecido el conde de Artois. Ha sido promovido al grado de coronel del ejército francés emigrado. Con la ayuda de prusianos y austriacos han invadido Francia, con la idea de acometer un ataque relámpago y liberar al rey. Pero las cosas salieron bastante mal. En París, se han precipitado con una violencia incontrolable los acontecimientos. El *Palacio de las Tullerías*, morada de la familia real, ha sido asaltado y saqueado por una auténtica riada humana. La multitud enardecida asesinó sin piedad a más de seiscientas personas de la guarnición. El rey fue depuesto de sus funciones y está recluido en el *Temple*. En París se ha instalado la guillotina, ese nuevo invento para matar decapitando, con una técnica muy superior a la simple espada o al hacha. Ya no se ahorca a nadie; se guillotina a los condenados, todos por igual, nobles y plebeyos. En París reinan ahora la *Convención* y el Terror. En Francia, se cometen desmanes y asesinatos sin número. La monarquía ha sido abolida.

Ante el ataque de prusianos, austriacos y emigrados, la Revolución ha reaccionado de modo fulminante. Al principio, las tropas revolucionarias fueron derrotadas. Pero se enardecieron con rapidez y afluyeron voluntarios de todas partes. Se canta sin cesar un nuevo himno revolucionario, la "*Marsellesa*". Se ha formado un ejército harapiento, mal alimentado, sin apenas entrenamiento, pero lleno de furia. Y ha conseguido contrarrestar el ataque de las tropas aliadas de prusianos, austriacos y emigrados. No sólo los han detenido, sino que los han echado de Francia y las tropas revolucionarias han invadido ahora Bélgica, que pertenece a Austria.

El barón recuerda con amargura la derrota sufrida en Valmy, el 20 de septiembre. Está desasosegado porque no sabe nada de Trenquelléon. María Ursula, Adela, Carlos Policarpo y toda su familia, ¿qué es de ellos? Es horroroso no poder hacer nada. Y ahora vuelve otra vez a la situación actual. El conde de Artois con sus emigrados y los aliados austriacos ocupan el pueblecito de Jemmapes, en posición estratégica inmejorable. Están en una cordillera y tienen enfrente y por debajo un enemigo que no puede atacar más que por un sendero estrecho, que se abre camino por entre pantanos y bosques, obstruidos por inmensos árboles derribados. La niebla impide todo movimiento y, si atacan, lo tendrán que hacer marchando en columna por el sendero. Pero el barón no participa de la confianza de algunos oficiales austriacos.

Son las siete. Comienza a tronar fuego y metralla de los cañones austriacos, anunciando el principio de la batalla. Las tropas revolucionarias no se mueven; resisten como pueden. Pero a mediodía se disipa la niebla y el mando revolucionario da la orden de ataque. Al son de la "*Marsellesa*" se lanzan incontenibles, llegando a primera línea de las trincheras enemigas. Ni el cañoneo ni los fusiles les logran detener. La caballería austriaca intenta intervenir, pero el fuego graneado de los fusiles revolucionarios se lo impide. La "*Marsellesa*" retumba atronadora con voces broncas. El barón con su compañía no tiene más remedio que retirarse, como los austriacos. Es una derrota en toda la línea.

Ante la magnitud del desastre, el conde de Artois se ve obligado a reconocer su impotencia y a licenciar a sus tropas de emigrados, que ya le es imposible mantener. El barón sabe que su situación ha empeorado: ya no es sólo un "emigrado", es un "enemigo de la nación" y no puede de ninguna manera volver a Francia. Sería guillotinado inmediatamente. ¿Qué hacer? Vislumbra una solución: Londres. En Londres está exilado su tío monseñor José Francisco de Malide, obispo de Montpellier, que ha logrado escapar con gran parte de sus recursos. En Londres encontrará el barón refugio y ayuda económica. Pero ¡qué terrible es no saber cuándo podrá volver a ver a su mujer y a sus hijos! Y ¿qué les podrá pasar en Francia?

Castillo de Trenquelléon, enero de 1793

¡Qué horror! ¡Qué mes tan terrible! Del barón se tienen muy pocas noticias. Sólo indirectamente han llegado a saber que se ha refugiado en Londres, después de las derrotas de la coalición. De París llegan noticias espeluznantes. Reina el más despiadado Terror: robos, denuncias, saqueos, asesinatos. Sacerdotes refractarios, nobles, gentes que han dado cobijo a un sacerdote refractario caen guillotinado. Y se ha llegado al colmo: se ha procesado al rey y se le ha condenado a muerte.

Adela crece entre estas angustias. Tiene tan sólo tres años y medio pero está demostrando un genio muy fuerte, con incipientes arranques de impaciencia; a veces, da gritos y llora con estrépito, ante las contrariedades o cuando encuentra una oposición. Manifiesta una rectitud moral que tiende a la intransigencia; es de un natural exuberante y expansivo. También asoman virtudes en sus actos y en sus reacciones: es muy generosa y compasiva, ama entrañablemente y es muy receptiva de toda motivación religiosa. ¿Se podrá encauzar tal torrente de vida? En eso trabaja su mamá con infinita paciencia y cariño. También su tía María

Francisca, a quien tanto quiere Adela, no cesa de repetirle que modere sus ímpetus, que hable más bajo. Y Adela ha llegado a intuir que tiene que corregirse. A veces, con un mar de lágrimas se echa en brazos de su tía y le dice:

- Me he portado mal. Estoy haciendo llorar a mi ángel de la guarda. Quiero corregirme.

Y lo dice con tanta vehemencia que su tía, emocionada, le propone una buena acción o una pequeña oración, como reparación.

Adela quería mucho a su hermano Carlos Policarpo y jugaba con él. El pequeño era travieso. Cuando Adela se daba cuenta de que iban a castigar a su hermanito, gritaba inmediatamente para protegerlo:

- ¡Mamá, mamá! Soy yo la culpable, castígame.

Su madre no podía menos de enternecerse, al ver la generosidad de su hija y el cariño que tenía a su hermano. No, no eran inútiles sus desvelos para educar a Adela. Cuando muchos niños no dudan en acusar, incluso falsamente, a sus hermanos y amigos, Adela se ofrecía ella, que no tenía culpa, para salvar a su hermano de un castigo.

A la madre le gustaban la atención y el interés que mostraba Adela cuando le contaba todos los episodios de la Historia Sagrada. Adela quería saberlo todo con detalle y hacía muchas preguntas. Tenía una buena memoria que retenía bien los relatos del Antiguo Testamento y los hechos del Evangelio.

En medio de las noticias tan intranquilizadoras que llegaban al castillo, María Ursula rezaba mucho y hacía rezar a los demás. Adela estaba impresionada por la oración de su madre. Intuía que era muy importante rezar, más por los ejemplos de su madre que por lo que le decía.

Un día de enero llegó la horrorosa noticia al castillo. El día 21, habían guillotinado al rey. Todo el castillo se estremeció de dolor y quedó sumido en una profunda consternación.

Y se produjeron desmanes y crímenes sin cuento. Y hasta el castillo llegaron los efectos. Dos veces intentaron saquearlo. Fue una de las experiencias más desagradables de Adela. Un atardecer, llegaron diecisiete hombres, con aspecto de facinerosos, armados hasta los dientes, amenazantes y pretendiendo llevárselo todo. Los habitantes del castillo les sugirieron con muchísimo miedo que habría que consultar con las autoridades locales.

- Pues vamos a pasar la noche aquí -dijo el que parecía tener el mando de los asaltantes-. Y veremos mañana si os matamos a todos y nos apoderamos de esta casa, que es de la nación.

Y en efecto, allí se quedaron toda la noche. Con gran temblor, Catalina Ana pudo escabullirse y pedir ayuda al Ayuntamiento. Al día siguiente llegaron algunos funcionarios, que conocían y apreciaban a la familia, acompañados de un destacamento de la guardia nacional e hicieron entrar en razón a aquella banda de forajidos incontrolados.

Pero otra vez, otra pandilla de merodeadores volvieron a intentar el asalto. La muerte del rey había desatado a las masas. El clima que se respiraba era de completa inseguridad. Aquel mes parecía interminable. El castillo ya no era seguro. Hubo deliberación familiar.

- ¿Qué hacemos? Cualquier día entran y nos matan, tal como están las cosas -dice

Catalina Ana.

- No sé si deberíamos aceptar el ofrecimiento que nos ha hecho la familia Lhuillier. Son muy buenos amigos -dice la baronesa- y ya sabéis que han vuelto a insistir que nos pueden acoger a todos en su casa de Agen.

- Nos tendríamos que llevar todos los objetos de valor -comenta la abuela-; no los podemos dejar aquí, cualquiera se los puede llevar.

- Pero es imposible transportar todo -replica Catalina Ana.

- Quizás podríamos esconder aquí gran parte de esos objetos. En el desván, encima de las cornisas de la capilla, cavando algún hoyo, metiéndolo en el doble forro de alguna prenda -propone la baronesa.

Y con gran presteza se ponen todos al trabajo. Se ingenian todos para encontrar los escondites más inverosímiles. Y a María Ursula se le ocurre que debe dejar constancia en algún sitio de todos los escondites y de lo que hay en cada uno.

- Si a nosotros nos pasara algo, alguien tendría que avisar a mi marido de todo esto.

- Pero ¿quién? y ¿cómo dejar un documento tan comprometedor? -pregunta Catalina Ana.

- Yo podría escribir a mi madre, en Figeac. Y para no dejar un escrito comprometedor, lo puedo escribir con jugo de cebolla, que permanece invisible, si no se le acerca a una fuente de calor.

Y así se hizo. La baronesa escribió a su madre, Isabel de Naucaze, con todos los detalles de la operación, para que ella pudiera indicar al barón los escondites, en el caso de que lo pudiera volver a ver y que ellos se vieran privados de tal dicha. Y con el alma en vilo se fueron a Agen, a casa de los Lhuillier.

Agen, fin de marzo de 1793

El clima es todavía algo frío, pero sin estridencias. Varios indicios anuncian la primavera. En la casa de la familia Lhuillier están un poco estrechos, pero animados y con cierta esperanza. Las autoridades del sudoeste de Francia, más moderadas, han logrado ir serenando las cosas y controlando todos los movimientos y a las personas más radicalizadas. Se empieza a respirar una apariencia de paz. El castillo de Trenquelléon no ha sufrido ninguna alarma más.

María Ursula ha proseguido su labor de educación de sus hijos Adela y Carlos Policarpo. Son una pareja simpática, muy unidos. Adela sigue siendo muy viva, pero se nota que ella misma se trabaja e intenta dominar sus prontos temperamentales de mal humor o de mal genio. Desde muy pequeña ha empezado con energía la lucha contra sus defectos naturales. Y lo hace, sobre todo, inspirada por motivos religiosos. Es sorprendente cómo va apareciendo en ella una conciencia sensible y fina. Siente horror a la mentira y a la falsedad, es valerosa para afrontar en todo momento las consecuencias de sus actos, cada día es más generosa con los demás y va desarrollándose en todo, respirando amor a las personas. Quiere entrañablemente a su mamá, a su hermanito, a su tía María Francisca, a la abuelita, en fin, a todos. Y sigue teniendo una terrible nostalgia de su papá. ¿Dónde está papá? De ninguna

manera lo ha olvidado y lo busca y anhela su presencia. No se cansa de escuchar las historias de la Biblia que ejercen en ella una saludable influencia. Pero sigue siendo muy viva y con sus ímpetus a flor de piel.

En este momento Catalina Ana le está comentando a María Ursula.

- Creo que tendremos que volver a Trenquelléon. No es bueno dar la sensación de que está abandonado.

- Sí, me parece que tienes razón. Estamos enormemente agradecidos a los Lhuillier, pero no conviene tampoco abusar -le contesta la baronesa.

Y con la primavera en flor, la familia entera retornó al castillo. Y la vida siguió su ritmo de esperanzas.

Figeac, 16 de abril de 1793

- ¿Qué es esto? -pregunta con voz atronadora el policía agitando el papel a lado de la chimenea encendida.

Hay un nutrido grupo de funcionarios municipales ejecutando una visita domiciliaria en casa de la señora Isabel de Naucaze, registrando todo. Y les ha extrañado mucho encontrar muy disimulado y escondido un papel, en apariencia en blanco. Doña Isabel de Naucaze, la madre de María Ursula, está temblando. Lo que el policía está sacudiendo tan peligrosamente a lado del fuego es la misiva de su hija con la relación de todos los escondites en los que se hallan los objetos de valor del castillo de Trenquelléon. La tragedia se va a consumir. Efectivamente, los trazos de la carta, con el calor, empiezan a aparecer perfectamente legibles.

- ¿De qué conjuración se trata? -sigue tronando el policía.

- Veamos -dice otro de los funcionarios-, leamos este papel subversivo.

En seguida se dan cuenta. Joyas y vajilla abundante de plata en un desván, diamantes en un colchón, cantidades apetitosas de dinero en la dobladura de una falda, en el cuarto de una criada, en el lavadero..., otros numerosos objetos de plata, 155 botellas del mejor vino y de los mejores licores, en diversos sitios. Todo va saliendo siniestramente a la luz.

- Todo esto se está robando a la nación. Esto es un crimen, castigado con la pena de muerte -amenaza el policía.

El desastre se ha consumado. Nadie puede impedir que del Ayuntamiento de Figeac salga a ña de caballo un mensajero para llevar a las autoridades de Agen una copia de la carta, el acta levantada por los realizadores del registro de la casa de Isabel de Naucaze y un comunicado del Municipio de Figeac, pidiendo que se efectuara a la mayor brevedad posible un registro en el castillo de Trenquelléon para comprobar la exactitud del contenido de la carta. Y además, la ciudadana María Ursula de Peyronnencq, que tiene todavía su domicilio legal de soltera en la casa de su madre, queda incluida en la lista de emigrados del departamento de Cantal. La fatídica carta la denunciaba: antes de abandonar Francia, había escondido todo. El futuro demostrará lo perjudicial que resultó esta terrible consecuencia. Por más gestiones que hizo María Ursula, no logró ser eliminada de la lista. Y oficialmente era una emigrada, aunque ella estuviera convencida de que sus gestiones habían tenido éxito.

Castillo de Trenquelléon, 23 de abril de 1793

Eran las siete de la tarde. Un atardecer enrojecido y amenazador, casi sangriento, se estaba cerniendo en el horizonte. De pronto el castillo ha sido rodeado por veinticinco guardias nacionales, al mando de un comandante. Un teniente y un brigadier organizan un cerco en toda forma. Todas las salidas están cubiertas y la casa acordonada. El procurador síndico y tres gendarmes llaman al castillo con golpes autoritarios. Adela no sale de su asombro. A la orden de las autoridades, se concentra a todos los moradores en el castillo en el salón. Carlos Policarpo se refugia en su madre llorando. Adela, tiritando de miedo, se coge a su tía María Francisca. Esta vez el asunto es gravísimo. Los bienes de Trenquelléon están confiscados. Son de la nación. Substraer algo es robar a la nación y la pena es la muerte.

María Ursula y Catalina Ana no pierden la compostura. Deciden explicar los hechos y colaborar con las autoridades. Y la baronesa, con mucha entereza, pide, por favor, que se permita acostar a los niños. Después de mucho insistir, las autoridades lo conceden finalmente, pero poniendo un guardia de centinela a la puerta del cuarto de los niños. La baronesa encarga a la niñera que se los lleve a la cama. Y comienzan a descubrir los escondites. Lo malo es que, con la vuelta al castillo, la mayor parte de los objetos escondidos han sido recuperados para el uso y la vida normales. Catalina Ana tiene que jurar que son los mismos que están ahora fuera. Y se organiza un ir y venir por las diversas habitaciones, transportando objetos. Antes de acostarse, Adela atisba por la puerta de su cuarto los extraños desplazamientos en el castillo.

- ¿Qué sucede? ¿Qué es esto? -pregunta a la niñera.

- Esos hombres han venido a llevárselo todo -le contesta.

- ¡Pero bueno! -grita Adela- ¡Que nos vamos a quedar como el pobre Job!

Una vez más, daba muestras de su genio y de lo bien que asimilaba los relatos del Antiguo Testamento que le contaba su madre. A duras penas, la niñera la logró apaciguar y acostar.

Durante todo el día siguiente, continuó el registro y se fue amontonando todo lo que estaba escondido todavía y todo lo que había estado escondido. Las autoridades lo confiscaban. Por eso, el día 25 de abril de 1793, lo dejaron todo en un cuarto y sellaron las puertas con lacre. Se levantó acta de lo realizado y se concluyó que todo quedaba requisado en provecho de la nación. Pero Catalina Ana no perdió la serenidad. Mientras se redactaba el acta, ella escribió una reclamación, afirmando que entre los bienes requisados había objetos de su especial pertenencia. También afirmaba que su hermana, su cuñada y su madre tenían derecho a parte de los bienes requisados. Y entregó su reclamación al mismo comisario que había redactado el acta. Este prometió entregarla en el Ayuntamiento, pero de momento declaró que todos los habitantes del castillo estaban en arresto domiciliario y que todo estaba confiscado. Efectivamente, los dejaban como al pobre Job. Y empezaron tiempos de extrema penuria para toda la familia. La baronesa tuvo que vender sus mejores vestidos para poder comer y varios criados tuvieron que abandonar con pena el castillo.

El tío Francisco

Su intervención fue decisiva. El capitán de navío Francisco de Batz de Trenquelléon tenía, ante las autoridades revolucionarias, una hoja de servicios en la marina de guerra francesa impecable y brillante. El tío Francisco se había ingeniado ya para ser nombrado tutor legal de sus dos hermanas solteras, Catalina Ana y María Francisca, que habitaban en el

castillo y había reivindicado su derecho a la posesión del castillo de Trenquelléon, en donde tenía él todavía su domicilio legal. Con motivo de los sucesos del 23 de abril de 1793, intervino con energía. Por él, no fue confiscado el castillo. Porque además, Francisco de Batz se casó y fue a vivir al castillo. Desde entonces, aquella propiedad resultaba intocable. Fue devuelta al tío abuelo Carlos, al tío Francisco y a sus dos hermanas, las tías Catalina Ana y María Francisca. Por él, finalmente, todo el asunto del arresto domiciliario y los bienes requisados tomó un desenlace completamente inesperado. Francisco de Batz influyó decisivamente en el representante del pueblo, que debía llevar todo el asunto para que, casi con un acto dictatorial, levantara los arrestos domiciliarios de la familia, a fines de marzo de 1794. Asimismo y por esta misma fecha, se dio a todos los mayores de edad del castillo un certificado de civismo y hasta pudieron recuperar parte de los bienes requisados. Dieron todos un suspiro de alivio. El porvenir se vislumbraba con una pequeña luz de esperanza.

Castillo de Trenquelléon, fines de 1793

El año había comenzado con sobresaltos y horrores. Lentamente llegaba ahora a su fin sin fuertes estremecimientos. Se acercaba la Navidad. Forzosamente, no podía haber muchos regalos. Escaseaba el dinero y se vivía con estrecheces en el castillo. Adela tiene ya cuatro años y medio y está creciendo con rapidez. Una tarde, su mamá, después de recibir el correo, la llama y le dice:

- Adela, hija mía, tu tía abuela Adelaida de París, la misma a la que debes tu nombre, te envía 200 francos de regalo. ¿Qué te parece? En la cárcel de Nérac hay unos pobres prisioneros españoles, que están pasando hambre y frío. No tienen mantas. ¿No les podrías dar algo de este dinero y el resto te lo quedas tú?

La respuesta de Adela partió como un rayo:

- Dáselo todo, mamá, dáselo todo.

Decididamente esta niña tiene un corazón muy noble y una generosidad sin límites. Doscientos francos en aquella época eran una fortuna. La tía abuela Adelaida se lo había mandado probablemente con la idea de aliviar la penuria de la familia. La baronesa había querido educar a su hija, proponiéndole una pequeña renuncia en favor de los más desheredados. Y la hija se ha desprendido de todo sin ninguna dificultad. Así era Adela.

De repente, María Ursula ve una muñeca de su hija cubierta de extraños paños marrones y un pañuelo blanco por encima.

- Adela, ¿qué es esto? -pregunta.

- Es una carmelita, mamá. Estoy intentando ponerle su hábito.

María Ursula está sorprendida. Su hija no sabe todavía leer ni escribir. Estamos en tiempo de prohibición de todas las órdenes religiosas. ¿De dónde ha sacado que existen las carmelitas, o más bien que existían antes de ser disueltas por la Revolución y que iban de hábito marrón con capa blanca? ¿Cómo le ha venido esta encantadora y transparente afición a las carmelitas?

- Y esto ¿qué es? -sigue preguntando la baronesa, mostrando un papel lleno de garabatos hechos por su hija.

- Mamá, es que va a venir un importante cura a visitar a las carmelitas y le estoy escribiendo. Voy a guardar todas las cartas.

María Ursula se queda pensativa y sonriente. Sorprendente y misteriosa es la inclinación de su hija hacia las carmelitas. ¿Qué podrá comprender, a sus años, de la vida consagrada de estas religiosas? ¿No habrá una misteriosa y profunda llamada en el corazón de su hija? De momento, está haciendo esfuerzos visibles por contenerse y corregirse, ansía ser de Dios y no contristar más a su ángel de la guarda. ¡Insondables son los caminos de Dios que hace intuir a los pequeños los secretos del Reino!

Castillo de Trenquelléon, relativa calma hasta septiembre de 1797

Robespierre, el gran tirano, ha sido detenido y guillotinado el 23 de julio de 1794. La Revolución ha tenido una sacudida interna, harta de muerte y de sangre, y con un golpe de estado, implanta la tercera convención. Se inicia así un período de relativa calma, que tendrá sus altibajos imprevistos. Pero remite la angustia mortal que dominó hasta ahora.

La vida sigue desarrollándose en Trenquelléon, con un cierto respiro. Siempre que había podido, la baronesa había llamado a algún sacerdote no juramentado para que dijera misa en la capilla del castillo o para que administrara los sacramentos. Hubo un tiempo en que había que extremar las precauciones, porque corrían el riesgo de una denuncia y de una condena a muerte. Ahora los tiempos habían cambiado algo y ya no había tanto peligro. Por otra parte, también aprovecha este período la baronesa para dedicarse a la educación de sus dos hijos, Adela y Carlos Policarpo. Adela aprende a leer y a escribir y ciertos rudimentos de enseñanza primaria. Su única maestra es su madre. De María Ursula, de su profundo cristianismo, Adela aprende a ir abriéndose a los grandes ideales y a las generosas decisiones. Hay en ella una mezcla encantadora de juguetona infancia y de profunda religiosidad.

Precisamente un buen día está jugando con su hermano. Se divierten con un palo de escoba, cabalgando como si fuera un caballo. En medio de tan improvisada galopada, se le ocurre a Adela una idea repentina: "Las carmelitas tienen en su vida - según le han dicho los mayores - numerosos días de ayuno. ¿Por qué no hacer voto de ayunar hoy todo el día?" En su temperamento impetuoso, sin pensarlo más, hace voto de ayuno. En su ingenuidad, está convencida de que ese día no debe probar bocado. En el desayuno, no come nada. Su madre lo achaca a que está algo empachada y no tiene gana. Pero llega la comida y Adela sigue sin querer comer. Su mamá, con gran delicadeza y a fuerza de insistir, logra que le cuente su secreto. Entonces María Ursula pacientemente le esclarece la conciencia, diciéndole que, a su edad, ese voto sólo se puede hacer con el acuerdo de sus padres y que ella, su madre, se lo dispensa para que pueda alimentarse y no dañar a su salud. Adela, que ya estaba notando el gusanillo del apetito, se sometió de muy buena gracia a tan sabia decisión.

Y del barón, ¿hay alguna noticia? Sigue en Londres, en casa de su tío, el obispo de Montpellier. Inglaterra ha querido intervenir en los asuntos de Francia. Ha habido dos intentos de desembarco de tropas inglesas y de tropas de emigrados, reunidas otra vez por el conde de Artois. El barón ha vuelto a intervenir, con rango de coronel, las dos veces : el 25 de septiembre de 1795 y el 8 de noviembre del mismo año. Pero los dos intentos han fracasado.

Se llega así a comienzos del año 1796. Todo parece estar mucho más calmado. Una hermana de la baronesa, llamada Juana Gabriela, contrajo matrimonio con Juan Beltrán de Casteras, en Figeac, el 7 de enero. Se instalaron después en el castillo de Bétricot. La joven pareja invitó insistentemente a la baronesa y a sus dos hijos a pasar una temporada con ellos.

María Ursula, después de tantas pesadillas y sobresaltos, necesitaba un descanso. En Trenquelléon reside ahora el tío Francisco y su mujer. El castillo está en excelentes manos. La baronesa decide entonces aceptar la invitación. María Ursula, Adela y Carlos Policarpo pudieron pues pasar una temporada tranquila en casa de los recién casados. Allí estuvieron desde el 14 de Febrero hasta el 30 de marzo.

A la vuelta del castillo de Bétricot, María Ursula aprovecha toda una serie de circunstancias favorables, para rescatar dos pequeños lotes de las propiedades de su marido, comprándoselos a la nación. Incluso en el verano de 1796, las autoridades devolvieron a sus propietarios la vajilla de plata y casi todas las joyas que habían confiscado en el castillo de Trenquelléon el 25 de abril de 1793.

El año 1797 se empezó pues con todas las apariencias de una pronta pacificación y reconciliación general de todos los franceses. En la primavera de ese año parecen confirmarse tan felices augurios. Las elecciones instalan en Francia unas autoridades moderadas. Incluso algunos emigrados comienzan a volver.

Figéac, segunda quincena de septiembre de 1797

Adela reconoce que ha sido feliz. Ha estado con su madre y con su hermano todo el verano en Figéac. Se marcharon de Trenquelléon el 10 de mayo, para venir a la boda de su tía María Paula, otra hermana de su madre. Se casó con un oficial, que acababa de volver de la emigración: Juan Bautista Termes. En Figéac, vive también la madre de la baronesa y se han quedado en su casa todo el verano; Adela ha disfrutado mucho con su abuela. Adela no sabe que ha habido un golpe de Estado el 4 de septiembre, pero su mamá les ha dicho que deben volver a Trenquelléon. Y una tarde de la segunda quincena del mes de septiembre, Adela oye voces inquietas en el salón de la casa de la abuelita. Por lo que capta, un tío de su mamá está despidiéndose de la abuelita.

- Tengo que marcharme a España con rapidez. Estoy en la lista de emigrados y el 19 de este mes se promulgó un decreto, según el cual, todos los emigrados debemos estar fuera de Francia en el término de quince días, so pena de fusilamiento. También le afecta este decreto al pobre Juan Bautista Termes; ¡pobre hombre, a los pocos meses de su boda, tener que abandonar a su mujer!

- ¡Todos lo hemos sentido muchísimo! -exclama la abuelita.

- Pero ahora que lo pienso -sigue diciendo el tío-, tú también, María Ursula, estás en la lista de emigrados.

- ¿Yo? Es imposible -dice la baronesa-. Sé que estuve incluida en la lista de este departamento, como consecuencia de mi carta indicando los escondites de las joyas y cosas valiosas del castillo. Las autoridades de aquí creyeron que había emigrado. Pero como lo supe, hice las gestiones para conseguir un certificado de residencia que me dio el ayuntamiento de Feugarolles y pedí la eliminación de mi nombre en la lista de emigrados. Me consta que me la han concedido. No puedo estar en la lista.

- Pues fíjate bien en lo que te digo -le contesta el tío-: yo no estaría tan seguro.

- ¿Por qué no te cercioras? -le pregunta la abuelita.

- Lo haré sin falta, al pasar por Agen, al volver a Trenquelléon -responde la baronesa.

"¿Qué va a pasar?", se pregunta a sí misma Adela, porque no entiende muy bien todo este asunto, pero siente cierta inquietud en el ambiente.

Agen, 26 de septiembre de 1797

Con paso decidido entra la baronesa en las oficinas de la administración departamental. Busca la sección de emigrados y con exquisita cortesía pregunta:

- Podría indicarme si la señora María Ursula de Peyronnencq figura en la lista de emigrados obligados a abandonar Francia.

La pregunta se ha hecho oralmente. El funcionario consulta las listas y responde:

- No; esta ciudadana no figura aquí.

La baronesa se ha tranquilizado. Cuando sale de las oficinas, ve brillar el sol de otoño con mayor esperanza. Mira a sus hijos que, acompañados del cochero y de una criada, le están esperando algo impacientes en la carroza. Les sonrío y sube rápidamente.

- Al castillo -ordena alegremente al cochero.

Agen, dos días más tarde

La baronesa vuelve a entrar en las oficinas de la administración departamental. Se la ve muy desasosegada. La acompañan Adela y Carlos Policarpo, con una criada. Adela está también muy inquieta, como si presintiera algo. Nada más llegar a Trenquelléon, no han cesado de llegar rumores contradictorios. El nuevo gobierno de la nación ha anulado muchas de las decisiones del gobierno anterior al golpe de estado. Entre otras cosas, ha anulado todas las eliminaciones de nombres de la lista de emigrados. Las listas han vuelto a tener otra vez todos los nombres borrados. Unos amigos, que les visitaron en el castillo a su vuelta les han inquietado muchísimo.

- Mirad bien, que esto es muy serio -les dicen-. Toda desobediencia a este decreto se castiga inmediatamente con la detención y con la comparecencia ante una comisión militar. No es necesaria más que la comprobación de la lista y de la identidad de la persona, para sentenciar el fusilamiento, sin posibilidad ninguna de apelación. Además la ejecución se realiza a las veinticuatro horas.

Con el alma en vilo, la baronesa quiere tener una certeza total. Otra vez se dirige al funcionario y le pide amablemente que le deje ver a ella misma la lista. Y ve con horror que su nombre está en ella.

- ¡Pero cómo me dijo anteayer que no figuraba! -exclama con viveza- ¡Mírelo bien aquí!

- Ha sido un error -le contesta el funcionario- Yo miré "Peyronnenc" y la ciudadana que figura aquí es "Peyronnencq", acabado en "q". Le pido excusas.

- Comprenderá Vd. -dice algo nerviosa la baronesa- que me ha puesto Vd. casi en la imposibilidad de salir del departamento de Lot y Garona dentro del tiempo establecido por la ley. No me quedan más que algunas horas.

- Voy en seguida a hablar con el jefe -dice el funcionario- para ver qué se puede hacer.

El jefe del negociado le extiende al momento un pasaporte para salir de Francia y le entrega un certificado oficial explicando el error que ha sido causa del retraso de la salida de la ciudadana María Ursula de Peyronnencq del departamento.

María Ursula sale muy turbada de las oficinas y explica, como puede, a sus hijos la necesidad que tiene de marcharse inmediatamente de Francia. Al final añade:

- Vosotros ¿queréis volver a Trenquelléon y quedaros con la abuela María Catalina y con vuestras tías o queréis venir conmigo?

Los niños han escuchado llenos de lágrimas lo que su madre les ha dicho. Adela se abraza a su madre y dice al unísono con su hermanito Carlos Policarpo:

- Nos vamos contigo, mamá, contigo.

Varias familias amigas han acudido, alertadas por la noticia. Todos intentan ayudar en algo, porque se dan cuenta de la emergencia.

- No hay tiempo que perder -dice uno de los amigos-; aquí os he procurado un carruaje.

- He logrado reunir algo de dinero -dice otro-; no os preocupéis. Cogedlo, porque no podéis volver a Trenquelléon. Marchaos inmediatamente.

- Nosotros nos encargaremos de avisar lo que ha sucedido a los del castillo -propone un tercero-. ¡En marcha, en marcha!

A toda velocidad suben María Ursula y sus dos hijos al carruaje. Sus amigos les han provisto de lo que han podido. Pero se van sin equipaje, casi sin dinero, sin cartas de presentación o de recomendación. Es una auténtica aventura. En el momento de ponerse en movimiento el carruaje, Adela explota. No puede más; ha estado conteniéndose, en lucha consigo misma, pero ha llegado al límite. Y golpeando con su pequeño puño la puerta, asomando su cabecita por la ventana, grita a pleno pulmón.

- ¡Facinerosos! ¡Facinerosos! ¡Nos asesinan! ¡Nos asesinan!

A duras penas, María Ursula logra dominar la furia desatada de Adela y hacerle comprender que es peligrosísimo lo que está haciendo. "¡Señor, ayúdame a encauzar esta explosión de energía y de genio!", reza en su interior María Ursula haciendo sentar a su hija.

Frontera de Irún, domingo, 1 de octubre de 1797

Han cruzado el puente. El aduanero español sonrío a los dos niños, que van en el carruaje. La baronesa lanza un suspiro de alivio. Están en tierra española. No corren ya ningún peligro de ser detenidos y pasados por las armas. Aunque luce un sol otoñal que da colorido y luz al paisaje, el porvenir está lleno de incertidumbres.

Con un gesto amistoso, el aduanero les devuelve el pasaporte, sellado en Bayona por el cónsul español, el día anterior. La baronesa está destrozada, el viaje ha sido angustioso y agotador. En Pau han tenido el tiempo justo para establecer ante notario, varias procuraciones a las personas en mejores condiciones para que pudieran defender sus intereses y para que

efectuaran todas las gestiones necesarias para que eliminaran definitivamente su nombre de la lista de emigrados. En Pau también, un sencillo y desconocido hombre del pueblo se compadeció de ellos y les dio una carta de recomendación para un primo suyo, que era hermano lego de un convento de franciscanos en Tolosa (Guipúzcoa). Es la única dirección y el único contacto que tienen en ese país extranjero en el que acaban de entrar.

Es domingo. Las campanas están llamando a misa. Adela escucha y abre los ojos muy admirada. Se puede ir a misa a las iglesias. Se puede ir a los cultos católicos sin ningún miedo. Aquí todos los sacerdotes son fieles al Papa. No hay cismáticos. La gente está con traje de fiesta. Hay paz. Impresión nueva y llena de consuelo para Adela y Carlos Policarpo.

3

MÁS DE CUATRO AÑOS EN TIERRA EXTRANJERA

Tolosa, una mañana de noviembre de 1797

Estaba nublado, otoñal, húmedo, pero en ese momento no llovía. El día había amanecido plomizo y triste. Por la calle Mayor, va María Úrsula con los dos hijos, bien cogidos de sus manos. Llevan ya algunas semanas en Tolosa. La vida ha tenido un sabor agridulce. Es evidente que están en tierra extranjera, con otra lengua, otras costumbres, otra manera de alimentarse, sin nadie conocido. La diferencia de lenguas les resulta bastante complicada, porque encuentran gente que les habla en vasco. Imposible, entonces, de adivinar ni una sola palabra.

Además, una mujer sola con dos hijos, que viaja sin su marido, levanta en seguida sospechas. Todavía María Úrsula recuerda el momento en que la llamaron “vagabunda, aventurera”. Pero por otra parte, el buen hermano lego del convento de los franciscanos, se desvivió por ellos. En cuanto leyó la carta de su primo, única recomendación que llevaba la baronesa, les encontró alojamiento y cuantas ayudas pudo. Hay otros españoles que se han portado muy cordialmente con ellos. Además ¡qué gran consuelo poder practicar la religión públicamente, ir a misa, incluso todos los días, sin ningún miedo a espías! Y ¡qué bien cantan los vascos en la iglesia!

El barón sigue lejos, en Londres, pero la comunicación con él, por carta, se ha facilitado enormemente. Entre España e Inglaterra, el correo no corre riesgo de censura. Por el contrario, con Trenquelléon, la posibilidad de comunicarse es mucho más difícil. Se vigilan y censuran las cartas que proceden de emigrados o exiliados.

Son las doce. Las campanas alegres repican, llamando al “Ángelus”. Las gentes se paran en plena calle. Los hombres se descubren. En varios grupos se reza el “Ángelus”. Adela se estremece de alegría. Ya está en edad de comprender este recuerdo cariñoso de María al mediodía y reza con su madre y su hermano la oración. No sabe bien por qué, pero experimenta un gozo interior, cuando piensa en María y le gusta mucho ver rezar a la gente.

De repente, María Úrsula oye detrás de ella una voz, bien timbrada, que se dirige a ella en francés:

-Señora baronesa de Trenquelléon, ¿es Vd? ¿Cómo está por aquí? Y estos dos encantadores niños ¿son sus hijos?

Se trata de un oficial francés de Nerac, muy conocido de la familia. Está también en el exilio, pero tiene conocidos y amigos, entre franceses y españoles. La baronesa le cuenta la situación. Y el amigo oficial les promete que les va a presentar a otros franceses que están por la región y también a alguna familia española. Desde ahora, se vislumbra un nuevo alivio para su estancia en Tolosa. No van a sentirse tan solos y perdidos. Con esta esperanza, se despiden. Adela sonríe al ver a su madre más serena. Un tímido sol de otoño se asoma con pereza, rasgando un poquitín las nubes.

Zamora, a fines de abril de 1798

Su estancia en Tolosa se había ido haciendo un poco más agradable, pero se terminó de manera forzosa e imprevista. El 11 de febrero, un nuevo embajador francés, Lorenzo Truguet, había presentado sus cartas credenciales al rey Carlos IV de España. Truguet había obligado a todos los franceses que residían en España a registrarse en el consulado más próximo. Después presionó al gobierno español para que alejara lo más posible a los emigrados de la frontera francesa y el rey había decretado que fueran confinados en Mallorca o en las Islas Canarias o que abandonaran el reino de España. Por carta, María Úrsula se puso en comunicación con su marido, y aconsejados por él, decidieron irse a Portugal. Era peligroso intentar un viaje a Londres, debido a la marina francesa que vigilaba las rutas marítimas de España a Inglaterra con la clara intención de apresar a los franceses emigrados. Por ello, emprendieron la marcha hacia Portugal.

Habían llegado a Zamora, ciudad cercana a la frontera con Portugal. El viaje lo hicieron con un grupo de emigrados y estaba resultando largo y difícil. Y en Zamora se encontraron con una desagradable sorpresa. El gobierno portugués había cerrado la frontera, temiendo una avalancha de franceses debida a la nueva legislación española. La baronesa no sabe qué hacer. En medio de incertidumbres, decide con otros ir a consultar a las autoridades españolas. Por fin, después de varias pesquisas, llegan al ayuntamiento.

¡Señora baronesa de Trenquelléon! –dice un funcionario-. Aquí tiene una carta para Vd.

La baronesa está muy nerviosa, pero reconoce la letra de su marido.

- Es de papá –le dice a Adela-. Veamos qué dice.

Casi no acierta a abrirla. Adela está también impaciente. Por fin logra leer con ojos entorpecidos y corazón sobresaltado. La carta está escrita de forma indirecta y algo complicada.

-¡No hay nada que hacer! –dice por fin la baronesa desconsolada-. No podemos pasar a Portugal.

Adela e Carlos Policarpo empiezan a llorar. La baronesa se vuelve, entonces, hacia un sacerdote francés del grupo que ha hecho el viaje con ellos y le ruega:

-¡Padre! Lea por favor, y dígame si la interpreto bien. ¿Podemos atravesar la frontera?

El sacerdote lee con parsimonia y dice suavemente, al final:

-No, no parece que puedan pasar a Portugal.

-Y, sin embargo, no puede ser –vuelve a exclamar María Úrsula-. Mi marido no puede contradecirse.

Presa de una súbita inspiración, María Úrsula cae de rodillas y reza con toda su alma “Ven, Espíritu Santo”. Se levanta después, mucho más serena, y lee más despacio la carta de su marido. Y grita con júbilo incontenible:

¡No, no! Ya lo entiendo. Aquí dice que vayamos al gobierno militar y pidamos un envío a mi nombre.

Efectivamente, al leer más despacio, ha podido descifrar el contenido complicado de la carta, que para despistar en el caso de caer en manos de la censura, no estaba nada claro. El sacerdote, que vuelve a leer también la carta, reconoce su error inicial. Por eso, van al gobierno militar y se presenta como la baronesa de Trenquelléon. El gobernador militar español la saluda con toda deferencia y le entrega un salvoconducto que el gobernador militar de Braganza había extendido a su nombre, para que pudieran entrar en Portugal. Las cosas se explicaban con facilidad. El barón en Londres, había recurrido al embajador portugués y había pedido que su familia fuera recibida en Braganza. El embajador de Portugal ante su Majestad británica había gestionado ante el primer ministro de su nación la acogida de la baronesa de Trenquelléon, con todos los honores en Portugal. La petición había sido concedida y había seguido su curso por vía militar y el gobernador militar de Braganza había tramitado todo por medio del gobernador militar de Zamora. Desde aquel memorable día, la baronesa tomó la determinación de invocar siempre al Espíritu Santo, antes de leer cualquier cosa que pudiera ser importante.

A las puertas de Braganza, al caer la tarde de un día de finales de abril de 1798

Desde Zamora, ¡qué viaje tan variado y pintoresco! Unas veces accidentado y penoso, subiendo por revueltas sin fin, bajando por abruptos peñascales. Otras, más placentero, atravesando llanos y valles, entreverados de arroyos, arenales y vegetación. En carruaje, cuando podían; y si no, en mulas, acompañados de guías y espoliques.

Por fin, estaban a la vista de Braganza. La comitiva recorrió esperanzada el espacio hasta las puertas y entró en la ciudad. La guardia de la entrada se interesó por la identidad de los viajeros. El sol primaveral declinaba ya suavemente. Algunos curiosos se habían acercado y empezaba a difundirse la noticia:

-¡Llegan emigrados franceses!

Un sacerdote francés, también emigrado, saluda a la baronesa y le da la bienvenida. La baronesa se lo agradece y le pregunta amablemente:

-¿Conoce Vd., por casualidad, alguna casita que podamos alquilar?

-No solamente no conozco ninguna –contesta el sacerdote-, sino que dudo muchísimo que puedan encontrar una. Creo que es imposible. Nosotros, también emigrados, estamos alojados en casas particulares.

Estando en estas conversaciones, llega un criado apresurado con una misiva para la

señora baronesa de Trenquelléon. Todos se quedan asombradísimos. El sacerdote francés, que entendía el portugués, se la traduce con admiración. El gobernador de Braganza le ofrece una casa, amueblada y provista, y les invita a almorzar al día siguiente. La explicación es sencilla: las gestiones hechas en Londres por el barón ante el embajador portugués para que fuera admitida su familia en Portugal, obtuvieron la recomendación del gobierno portugués para que se tratara a los ilustres huéspedes con todos los honores.

La guardia de la puerta tenía el encargo de avisar al gobernador en cuanto se presentaran los viajeros. El gobernador, alertado, había enviado inmediatamente su emisario a la baronesa.

Adela, con su vivacidad natural, ha podido captar lo sucedido y aprieta con cariño la mano de su madre. Sabe en seguida lo que está sintiendo. Su madre reconoce la protección divina y está dando gracias a Dios. Adela se une desde el fondo de su corazón a esta acción de gracias de su madre. Entre ellas se establece una profunda comunicación de sentimientos. Hay un momento luminoso: madre e hija lo viven inmersas en la presencia de Dios. El cielo es de un intenso azul oscuro y las luces del ocaso brillan con fulgente colorido.

Braganza, una estancia de gratos recuerdos, de abril de 1798 a septiembre de 1800

El estilo de vida de María Úrsula y sus hijos cambió. Muchas razones contribuyeron a ello. La cordialísima acogida del gobernador portugués, que los introdujo inmediatamente en los círculos de la aristocracia local. Empezaron a llover invitaciones a comidas, paseos y fiestas. Las relaciones con el barón se facilitaron enormemente y pronto se soñó con su posible venida de Londres a Braganza.

Pero lo que más agradeció Adela fue la intimidad con su madre. Se hizo su compañera inseparable. El amor creció. Además de su intenso amor filial, Adela empezó a sentir una profunda amistad con su madre; hablaba con ella con total confianza, se llenaba de paz y podía moderar sus ímpetus temperamentales con los consejos que escuchaba. Sobre todo, intentaba reproducir en su vida el equilibrio humano y la caridad manifiesta de su madre.

Y la felicidad llegó a un punto culminante. En julio de 1798 llegó el barón a Braganza. Después de casi siete años, la familia volvía a reunirse. El abrazo de los dos esposos fue conmovedor. El padre vivió un instante de emoción incontenible al besar por primera vez a su hijo Carlos Policarpo, al que no había visto nunca. Y no pudo reprimir las lágrimas cuando estrechó en sus brazos a su hija Adela; la había dejado cuando aún no tenía tres años y la volvía a encontrar con los nueve ya cumplidos. Adela, por su parte, pudo dar rienda suelta a un afecto que no había cesado de crecer con la larga separación y la entrañable nostalgia de su padre. El calor familiar, la seguridad momentánea de su situación y el cariño de los amigos portugueses alivió muchísimo la lejanía de la patria y del resto de sus familiares.

Los días transcurrían placenteros y se aproximaba la fiesta de Santa Úrsula, el día 21 de octubre. Adela y Carlos andaban cuchicheando de vez en cuando. ¿Qué estarían preparando para festejar a su madre? De vez en cuando, Carlos Policarpo miraba embelesado a su hermana y sonreía asintiendo. La víspera, se podían ver las dos cabezas infantiles inclinadas con insólita concentración ante una mesa. Estaban los dos esforzándose ante un papel, escribiendo Adela y su hermano, inmóvil con los ojos clavados en lo que iba escribiendo. Adela subrayó entonces con mano firme el título que figuraba al

principio del papel: *Para mamá en el día de su santo*. Y el papel decía así:

De Úrsula tan sólo el nombre no has tomado,
tienes su valor, su pudor y piedad.
¡Ojalá, para nuestra felicidad,
podamos, mamá, un día haberte imitado!

Vernos así adornados te alegraría,
mas esas flores en un jardín no crecen;
por tus sabias lecciones sólo florecen,
pero algún tiempo hará falta todavía¹

Esta pequeña poesía era fruto exclusivo del ingenio y del corazón de Adela y revela una cierta precocidad. Los dos hijos lo ofrecieron a su madre como valioso regalo de felicitación. Al escuchar su lectura, los padres sintieron gran ternura y emoción. María Úrsula miró a su hija con secreta admiración. ¡Cuánto estaba creciendo Adela en edad, sabiduría y gracia!

Esta precocidad de Adela también se manifestaba de otras maneras. Escuchaba los sermones en la iglesia con cuidadosa atención. Incluso tomaba notas con seriedad. Después de las lecciones de catecismo, que le daba su madre, frecuentemente las volvía a escribir a su manera. Muy atenta también a los comentarios que oía sobre los sucesos de su patria y sobre lo que se debía hacer, de vez en cuando recogía por escrito algunas reflexiones. Y hasta llegó a componer pequeños tratados, de una forma infantil, claro está, pero con un pensamiento certero y recto. Tanto es así que algún sacerdote que pudo acceder a estos escritos se quedó verdaderamente estupefacto del criterio de tan prometedora adolescente.

El tiempo pasa y llegamos a otro día notable en la vida familiar. El día 5 de junio de 1799 nacía en Braganza otra hija de los barones de Trenquelléon. La alegría fue incontenible. Como nadie de la familia podía venir al bautizo, decidieron esperar unos días para que María Úrsula pudiera asistir y para arreglar, por carta, la cuestión de los padrinos. Iba a ser padrino el tío del barón, monseñor José Francisco de Malide, obispo de Montpellier, que seguía refugiado en Londres. Iba a ser madrina la hermana del barón, María Francisca de Batz de Trenquelléon, que seguía en el castillo. Y se fijó la fecha para el día 12 de junio.

El día del bautizo, un sol ya casi veraniego creaba un ambiente cálido de fiesta, aunque era miércoles. La catedral de Braganza lucía en su interior todos los signos de una ceremonia solemne. El mismo deán presenciaba el bautizo, que oficiaba un sacerdote francés refugiado en Portugal. El gobernador y personajes de la alta sociedad de la ciudad asistían al acto. Como los padrinos no habían podido desplazarse, estaban representados por Adela y Carlos Policarpo. Los dos niños estaban muy dignos y serios en ese momento. Adela sostenía en sus brazos con inmenso cariño a su hermanita recién nacida. Y resonó la pregunta del oficiante:

¹ No piense el lector que esta rudimentaria poesía es pura ficción. He aquí el texto original francés, que se conserva todavía en poder de los descendientes de la familia: *“Ce n’est pas le nom seul que Vous tirez d’Ursule;/ Vous avez son courage, sa piété, sa pudeur./ Ah! Puissions nous, maman, pour notre bonheur,/ Dans toutes ces vertues devenir vos emules!/ Ce sont les seules fleurs que Vous voulez de nous,/ on ne les cueille pas dans le jardin de flore;/ par vos sages leçons elles germent en nous,/ Vous le verrez fleurir; il faut du temps encore.*

-María Josefina Francisca Deseada, ¿quieres ser bautizada?

Adela y Carlos Policarpo respondieron al unísono:

-Quiero.

Estaba claro que sus padres habían querido añadir, a los nombres de sus padrinos, el nombre de Deseada, que era todo un símbolo. Significaba la espera y el deseo que había precedido a su nacimiento. Y Deseada se quedó como nombre normal con que la llamaron siempre. ¡Sorprendentes son los caminos del Señor! Adela evocaba el frío y la tensión que se respiró en el bautizo de su hermano Carlos Policarpo al mismo tiempo que admiraba el esplendor y la placidez de este bautizo de su hermanita Deseada.

Las noticias de Francia que iban llegando a Braganza eran esperanzadoras. La nación se reconstruía. La buena estrella de Napoleón ascendía con fuerza. El gobierno estaba en manos de tres cónsules, siendo Napoleón el primer cónsul. La política de pacificación interior se llevaba con mano firme. Y se iniciaba una progresiva apertura hacia los emigrados y exiliados franceses que estaban en el extranjero. En España no había ya presiones de los embajadores franceses y, prácticamente se habían eliminado las restricciones que pesaban sobre los franceses que habían buscado refugio. El barón inició gestiones para que le borrarán de la lista de emigrados y, aunque no tuvo éxito, decidió aproximarse con toda su familia a las fronteras de su patria en espera de los acontecimientos. Y así, el 12 de septiembre de 1800, a las cuatro de la tarde, abandonaron Braganza, camino de San Sebastián en España. Iban bien provistos de una recomendación muy elogiosa del gobernador militar de Braganza.

Burgos, 19 de septiembre de 1800

Esa tarde han llegado a Burgos, después de ocho días de viaje. Adela está ante la catedral. Sus ojos luminosos se elevan, resbalando por las torres góticas y sus atrevidas flechas. Al lanzar su mirada al cielo, su corazón late por Dios, ese Dios tan amado, al que cada vez se siente más atraída. La grandeza y magnificencia de la catedral le impresionan. El sol del atardecer, casi ya otoñal, está besando las piedras con una despedida juguetona.

Adela visita con sus padres y hermanos el interior. Se siente como sobrecogida por el juego de luces y por la presencia misteriosa de un Dios que llena su alma de suaves llamadas. Al mismo tiempo, siente la punzada de su temperamento impetuoso que tanto le cuesta dominar. Y ve la lucha que le espera; pero también ve a Dios, que puede transformarla y llevarla a una vida consagrada en exclusiva a él. Adela se está sintiendo profundamente llamada. Cada vez lo percibe con mayor claridad.

El barón decide descansar un poco del viaje. Van a quedarse esa noche en Burgos. En familia dan un paseo apacible por el magnífico parque del Espolón. Llega un anochecer lleno de paz. Están un grande y suntuoso mesón llamado "Parador de Vega". Como otras veces, Adela ve que su padre está escribiendo en un cuadernito y, acercándose con cariño filial, le pregunta:

-¿Qué es eso, papá?

-Mira, hija –le responde el barón-, el título dice: "Diario de ruta". Estoy consignando aquí los principales datos de nuestro viaje

-¿Has puesto algo de la catedral?

-¡Claro –sigue respondiendo su padre-, es el monumento más llamativo por su grandeza y por su belleza arquitectónica!

El diario del barón seguirá con su notación fiel a todos los datos externos de aquel viaje. El impresionante desfiladero de Pancorbo, la ciudad de Vitoria, en cuyo magnífico frontón siguieron un partido de pelota, el paso por Tolosa, que tantos recuerdos evocó en la baronesa y sus dos hijos mayores y la llegada a San Sebastián, en donde iban a permanecer trece meses y medio en espera de circunstancias favorables para cruzar la frontera de Francia y volver a casa. Sí, todos esos detalles pintorescos se hallan en el diario. Pero nada se refleja del itinerario espiritual de Adela, de esa presencia de un Dios amigo que le llama con fuerza.

San Sebastián, víspera de Navidad de 1800

La familia de Trenquelléon lleva ya tres meses en la bella ciudad de San Sebastián. Se han sentido tranquilos, muy bien acogidos, y el barón ha hecho una seguida amistad con algunos militares españoles. Como él, también los españoles han tenido que luchar contra las tropas revolucionarias francesas y les ha unido una seguida camaradería.

Al mes de haber llegado a San Sebastián, supieron por una carta de Francia, la triste noticia de la muerte de la madre del barón en el castillo de Trenquelléon. Adela sintió mucha muerte de su abuela, de la cual guardaba un recuerdo lleno de ternura y cariño.

Y ahora, ante la gran celebración de la Navidad, la baronesa ha propuesto a Adela ir a confesarse. Aunque Adela todavía no ha hecho la primera comunión, sí que va a confesarse de vez en cuando, según las costumbres francesas de la época. Han ido las dos a la Iglesia. Primero se ha confesado María Úrsula. Después ha ido Adela. La baronesa comienza a extrañarse de la tardanza de Adela. Y su extrañeza se vuelve inquietud al oír un diálogo acalorado entre Adela y el confesor. De repente, Adela deja el confesonario bruscamente y corre hacia su madre, con lágrimas en los ojos.

-¡Mamá, mamá! ¡El confesor quiere que yo haga la primera comunión mañana y no me he preparado!

El confesor, que ha salido detrás de la niña, dice sonriente a la madre:

-¡El niño Jesús se pondría muy contento al nacer mañana en el corazón de su hija!

En aquella época, en Francia, muy dominada por ideas jansenistas, se retrasaba excesivamente la edad de la primera comunión y además se hacía con mucha solemnidad. Adela tenía once años y medio. En España, se solía admitir a la primera comunión mucho antes: cuando el niño sabía el catecismo y estaba suficientemente formado para comprender el sentido de la comunión. Además, la primera comunión se hacía sin mucha solemnidad externa. El confesor de Adela estaba impresionado por la madurez de aquella niña francesa que había manifestado un conocimiento muy serio del catecismo y una perfecta conciencia de lo que era la comunión. Por eso insistía en que Adela hiciera su primera comunión. Jesús mismo, por boca de su ministro, estaba invitando a Adela a su mesa. Después de un diálogo vivo entre el sacerdote, Adela y su madre, se llegó a un acuerdo, que resumió el sacerdote con estas palabras:

-El día de Reyes es también una gran fiesta. Los Magos van al encuentro del niño Jesús. Prepárate bien estos días, Adela, y ven tú también en esa fiesta, con el corazón alegre, al encuentro de Cristo. Piensa en los regalos que le vas a ofrecer.

San Sebastián, en la iglesia de Santa María, Epifanía de 1801

Fue un día inolvidable. La luz de una estrella había guiado a los Magos hasta que encontraron a Jesús con su madre. En el marco de la fiesta litúrgica, al recibir a Jesús por primera vez, una luz brilló con intensidad en el corazón de Adela. Fue una fiesta totalmente interior, sin nada extraordinario en el exterior. Pero algo muy hondo y decisivo ocurrió en el alma de Adela.

Recogiendo la indicación de su confesor, el día de Navidad Adela había preguntado muy seria a su mamá:

-¿Qué regalo crees que puedo llevar a Jesús en mi primera comunión?

-El mejor regalo que puedes ofrecerle –le había respondido su madre- consiste en corregir tus defectos. Domina tu genio brusco, tus ímpetus, tus gritos. Ya sé que muchas veces lo haces, porque defiendes lo que tu crees la verdad o porque te rebelas con fuerza contra el mal. Pero Adela, hija mía, no son modos. Ya sabes que hemos hablado de ello bastantes veces.

-Entonces ¿tú crees, mamá, que si me esfuerzo y me contengo, si me muerdo los labios, si es preciso, y le prometo a Jesús seguir luchando así, le llevaré un regalo como el de los Magos?

-Sin ninguna duda, hija mía.

Y Adela se preparó con un cuidado y un esfuerzo llamativos. Verdaderamente fue otra esos días entre Navidad y Reyes. Aunque a veces su rostro se volvía rojo a causa de la lucha terrible que mantenía por no gritar o por no reaccionar con brusquedad. Conteniéndose a duras penas, sonreía y hablaba muy moderadamente.

Por eso, Jesús vino a su corazón con abundancia de gracia y de luz. Adela sintió como nunca la llamada de Dios. Aquella tarde, desde lo alto del monte Urgull, Adela contempló en silencio el bravío océano. El océano y el cielo en una sinfonía contrastada de azules. El océano abierto, el océano sin límites. ¡Qué fuerza incontenible de agua y de viento tiene una galerna desencadenada! Adela sintió una fuerza que nacía en su interior y que le atraía a Jesús. ¿Será ella el día de mañana un carácter vivo, lleno de energía y de brío? ¿Sabrá encauzar esas olas impulsivas que brotan de ella? Siente un deseo incontenible de darse a Jesús, de consagrarse en exclusiva. Surgen en ella ansias de grandeza y llamadas al silencio. Su interior está repleto de vida y de anhelo de amistad. Amistad con Jesús. Ahí está el secreto. Una amistad con Jesús profunda, íntima, fiel. El océano parece serenarse y cantar.

Los que trataban a Adela de cerca se dieron cuenta de que, desde ese día inolvidable, había nacido Adela a una vida nueva. Jesús la había transformado.

París, fines de julio de 1801

“Hemos terminado la novela de la Revolución: es preciso recomenzar la historia”. Así se había expresado Napoleón, prácticamente único dueño ya de los destinos de Francia, como primer cónsul. Y comenzó una nueva política para recuperar la calma, la seguridad, el orden, el bienestar, aun a costa de la libertad de los franceses. Napoleón quería imponer la reconciliación y la unión nacionales y buscaba, en ese momento, la paz con la Iglesia.

En París había un nuevo ministro del interior, Chaptal, que estaba unido a la familia de Trenquelléon con vínculos de estima y agradecimiento. Se había interesado por la situación de su amigo, el barón, y siguiendo las nuevas orientaciones políticas, estaba pidiendo a Flouché, el ministro de la policía general de Napoleón:

-Carlos de Batz es un buen militar, ¿no se le podría conceder un regimen de residencia vigilada en Francia, para que pudiera volver a casa y se facilitara posteriormente su amnistía?

-Señor ministro del interior –le contesta Fouché-, creo que esta concesión entraría dentro de la política actual del primer cónsul. Daré curso administrativo a su petición, transmitiendo una carta al prefecto del departamento.

Y así se hizo. La carta se firmó el 27 de julio.

San Sebastián, primeros de agosto de 1801

La noticia ha llegado a conocimiento del barón. Hablando con su mujer, surge otra cuestión de conciencia:

-Si volvemos a Francia –pregunta María Úrsula-, ¿tendremos que prestar un juramento al cruzar la frontera?

-Sí querida –le contesta su marido-, ya sabes que debemos jurar fidelidad al gobierno establecido para poder entrar en Francia. Es cierto que la legitimidad de este gobierno es, por lo menos, dudosa.

-Además, tú juraste fidelidad al rey vilmente guillotinado –le replica María Úrsula-. Napoleón no es un Borbón, es un intruso. Y aún hay más. Prestar fidelidad a este gobierno, ¿significa aprobar las leyes antirreligiosas que ha promulgado? Yo no tengo la conciencia muy clara. Me gustaría consultarlo.

-Te lo concedo, la cuestión es delicada. Por otra parte, ya sabes los reumas que me aquejan y también conoces la orden del médico: debo hacer una cura de aguas en el balneario de Cestona. Puedes consultar a quien quieras nuestras dudas y, mientras tanto, podríamos ir a ese balneario. Me han dicho que está rodeado de parajes pintorescos que valen la pena.

-Voy a escribir al obispo de Boulogne y al cardenal Caprara para que aclaren lo que se debe hacer en este caso. Las respuestas tardarán algo, me supongo –dice entonces María Úrsula-, con lo cual podríamos acompañarte.

- Y yo voy a proponerles este viaje a nuestros hijos.

El barón lo hace inmediatamente. Adela, Carlos Policarpo y Deseada aplauden entusiasmados la propuesta. Piensan en las excursiones que van a poder hacer todos juntos.

Santuario de Loyola, 14 de agosto de 1801

Adela está emocionada recordando a san Ignacio. Aquí está la casa donde nació y se convirtió a Cristo el gran santo fundador de la Compañía de Jesús. Todo lo que se refiere a la vida religiosa le está interesando muchísimo. Es cierto que ahora, no hay jesuitas en Loyola. El convento, tras la disolución de la Compañía de Jesús, quedó deshabitado mucho tiempo. Hace poco, se ha establecido una comunidad de premonstratenses. Pero san Ignacio está presente en todos lados. Adela vuelve a sentirse llamada fuertemente a una vida consagrada en exclusiva a Dios.

Con su familia, ha recorrido todas las capillas bellísimas y muy bien decoradas del convento, han rezado en la iglesia; se han extasiado juntos ante el retablo mayor y la estatua de san Ignacio y a la salida de la basílica han quedado de nuevo sobrecogidos por la belleza del paseo que conduce a la entrada.

Esta excursión les ha llenado de gozo. El barón está tomando las aguas de Cestona para tratar de aliviar sus dolores reumáticos y han aprovechado la ocasión para visitar Azpeitia y el santuario de Loyola. Al volver al balneario, el barón consignará con entusiasmo en su diario todos los datos de esta magnífica peregrinación.

San Sebastián, a fines de octubre de 1801

La cura de aguas terminó el 21 de agosto. Volvieron todos a San Sebastián. Y llegaron las respuestas a las consultas de la baronesa. No se mostraban muy alentadoras. El obispo de Boulogne prefería que no se hiciera el juramento. El cardenal Caprara era partidario de esperar a la amnistía, porque consideraba que el juramento que se exigía a los amnistiados era mucho más aceptable. Pero, entre tanto, Napoleón, que deseaba facilitar el retorno de los militares a Francia, había llegado a un acuerdo con el papa. Solamente se exigía un "juramento de fidelidad al gobierno establecido por la Constitución de Francia". Si el papa había dado su conformidad, no había ya obstáculo para poder volver a Trenquelléon.

Subiendo al monte Urgull, había un convento de carmelitas descalzas. Adela lo había estado frecuentando a menudo. Le gustaba llegar a la hora de Vísperas y unirse en intensa oración al canto de los salmos de las religiosas. No entendía las palabras latinas de los cantos pero la salmodia era tan rítmica y serena que su alma se llenaba de gozo y de paz. Eran momentos ensoñadores, evocando sus juegos inocentes con aquellas muñecas que vestía de carmelitas. Pero allí no había muñecas, eran carmelitas de carne y hueso con sus hábitos y sus cantos. Más que un ensueño evocador, estaba siendo la transformación de una afición infantil y candorosa en una decisión consciente y luminosa. Sí, estaba llamada a esa vida. Sentía en su interior un fuerte deseo de consagrarse a Dios. Ahora tenía ya doce años bien cumplidos. Ahora se daba cuenta de su vocación. El día de su primera comunión, Jesús, su gran amigo, la había llamado. Estaba convencida; tenía que ingresar en el Carmelo.

Una tarde, se sentó, como de costumbre, en la capilla de las religiosas y reflexionó.

Sus padres han decidido volver a Francia en seguida. Adela siente en su interior el desgarrador combate. ¡Naturalmente que le gustaría volver con sus padres y hermanos al castillo y abrazar a sus tías, al tío Francisco, a la señora Pachan y a tantos conocidos! Pero si vuelve a Francia, no puede entrar carmelita. Las órdenes religiosas están suprimidas. No hay conventos, ni noviciados, ni postulados. En cambio aquí en España, hay carmelitas. Las está oyendo cantar. Y ella quiere ser carmelita. Y lo quiere totalmente, sin demora. Ya está. Se quedará en España e ingresará inmediatamente. Adela pide a Dios que le de fuerza para cumplir su resolución.

Pero ¿cómo convencer a su padre? Lo mejor será hablar primero con su madre. Ella sí que puede convencer a su padre. Al bajar del convento, Adela se lo explica a su mamá y le suplica con toda su alma que convenza a su padre para que le dé permiso de quedarse en San Sebastián y entrar carmelita.

-Adela, hija mía –le contesta conmovida la baronesa-, ya sabes que yo respeto mucho tus pensamientos y decisiones. Pero eres aún muy joven para tomar una decisión tan seria y definitiva. Yo no me opongo en absoluto a que seas un día carmelita, si esa es la voluntad del Señor, pero ahora me parece prematuro que te separes de tu familia.

-Pero mamá –le contesta Adela-, ¿no te das cuenta de que si vuelvo a Francia, me va a ser muy difícil ser carmelita? En Francia están prohibidas, mientras que aquí en España, es muy fácil entrar.

-En Francia, querida Adela –le sigue diciendo María Úrsula-, pueden pasar muchas cosas. Pueden volver a ser permitidas las órdenes religiosas. Además, si más tarde persistes en tu deseo de ser carmelita y no es posible en Francia, yo te prometo que te dejaremos venir a España para seguir tu vocación. Ahora es mejor que sigas en familia. Y que sigas siendo fiel a Jesús y preparándote para entrar un día en el Carmelo.

Poco a poco, con delicadeza y amistad, la baronesa convenció a su hija de que fuera dócil y se sometiera a sus padres. Y Adela comprendió y abrazó llorando a su madre.

Frontera de Irún, 4 de noviembre de 1801

Las caballerizas con sus correspondientes artolas están esperando. Las artolas eran unos armazones de madera que se colocaban sobre la caballería, atados con cuerdas, para que pudieran ir dos personas sentadas a ambos lados, contrarrestando el peso. El barón las había alquilado en San Sebastián para el viaje de toda la familia y el porte de los equipajes. Las formalidades de la aduana se están realizando con facilidad.

Adela no puede menos de recordar el paso de la misma frontera en sentido contrario, al final de un viaje lleno de inquietudes. Han pasado más de cuatro años. Esta vez, el viaje es más tranquilo. Hay luces de esperanza en el futuro. Pero Adela siente una añoranza punzante. Atrás se quedan sus carmelitas, sus queridas carmelitas. Porque en España le han sucedido acontecimientos decisivos: su primera comunión y su vocación religiosa. Y Adela vuelve a su patria enriquecida espiritualmente y convertida en una espléndida adolescente llena de vida y porvenir.

4

EL REGLAMENTO DE VIDA**Bayona, 6 de noviembre de 1801**

Un tímido sol de otoño se asoma entre las nubes. Ha llovizado un poco durante la noche. Adela se levanta descansada. Llegaron anoche a Bayona. Aún pudo ver las encantadoras casas de campo de los alrededores. Ahora veía con ojos nuevos a los campesinos y gentes del campo que cruzaron en su camino. Desde su primera comunión comprende que Jesús, su gran amigo, quiere a esas gentes. Se está empezando a interesar por los demás. Su pensamiento, al levantarse, se eleva con sencillez al Señor y le ofrece el día.

Finalmente el día se arregló y fue agradablemente soleado. Como su padre había decidido permanecer tres días en Bayona, la familia pudo pasear por la soberbia alameda que bordea el río. Este paso por Bayona, ¡qué distinto estaba siendo de aquel otro de hacía más de cuatro años! Aquél fue precipitado, con las prisas de una huída hacia el exilio, cuando buscaron con ansia el consulado español para que sellaran el pasaporte y poder atravesar la frontera. Ahora es otra cosa. Es un paso más sereno, en que Adela vuelve a sentir la vida de la patria. Presiente que en los próximos meses va a descubrir algo. No sabe bien qué, pero se fía de Dios, fuente de vida. Y contempla el agua caudalosa del río, que recoge las aguas del Nive y del Adour que confluyen en Bayona. Esas aguas que fecundan los campos. El sol, el agua, la vida hacen vibrar a Adela, que se llena de esperanza. Allá se divisa la catedral, que se yergue, dominando la ciudad. De nuevo, eleva Adela su corazón a Dios y ora con confianza.

Los días de Bayona pasaron entre el descanso y la reflexión. El barón hizo todos los trámites oficiales para regularizar su vuelta a Francia y su situación de residencia vigilada por la policía. Y pudieron reemprender el viaje más cómodamente en carruaje.

Condom, 13 de noviembre de 1801

Condom es una pequeña ciudad, situada en una graciosa colina, a unos 36 kilómetros al sur del castillo de Trenquelléon. Llegar a esa ciudad era llegar ya casi a casa. Porque además allí se habían refugiado durante la revolución dos hermanas del barón, Ana Angélica que era religiosa dominica y Ana Carlota que era novicia. Las dos habían sobrevivido a los horrores de la persecución religiosa. Ahora, aunque oficialmente habían sido disueltas, se habían reunido algunas de la antigua comunidad y vivían juntas y hasta habían fundado un internado para jóvenes.

Los viajeros llegaron al anochecer, casi justo para dormir. Pudieron abrazar con emoción a las dos antiguas religiosas. Las tías no cesaban de estrechar a sus sobrinos, a Adela que ya conocían, a Carlos Policarpo, que habían visto apenas y a Deseada, la pequeña, que no conocían en absoluto. Don Carlos y doña María Ursula, los padres, se sintieron muy reconfortados por el calor del recibimiento familiar. Y se dispusieron a descansar, para poder madrugar al día siguiente. La morada familiar estaba ya cerca y el deseo de llegar era cada vez más fuerte. Sentían ya el fin tan anhelado del largo exilio.

Castillo de Trenquellón, 14 de noviembre de 1801

Adela sale corriendo del coche que apenas ha parado ante la fachada del querido castillo.

- ¡Tía, tía María Francisca! -grita echándose en sus brazos con lágrimas en los ojos-, ¡cuánto te quiero!

- ¡Adela, Adela querida! -no se cansa de repetir su tía llorando a lágrima viva.

Los ruidos de la llegada del carruaje y los gritos de Adela han alertado a todos los moradores. Aparece corriendo Catalina Ana que abraza también llorando a su hermano y a su cuñada. También acuden presurosos el tío Francisco con su joven esposa y sus hijos. Y finalmente, el tío abuelo Carlos apoyándose en un bastón, encorvado por el peso de sus años, llega también. Los abrazos y los besos, las emociones incontenibles, los gritos de sorpresa y de cariño no terminan. Deseada, desconcertada y emocionada, es objeto de admiración especial. Nadie la conocía. Para ella, que ha nacido en el exilio, también eran completamente nuevos todas esas personas y todos los lugares.

Adela va de un familiar a otro, corretea por todas partes, se acuerda de todos los rincones. Y de pronto, siente en su corazón un terrible dolor. La abuelita ya no está. Por eso, en medio de tanta alegría, percibe como un vacío y un recuerdo entrañable. Reunidos en la capilla del castillo, dan gracias a Dios por el regreso, después de tantas aventuras, y rezan por el eterno descanso de la querida difunta.

Pronto se improvisa una comida y la alegría y el cariño familiar recorren todos los corazones. Adela se siente muy reconfortada y contenta, pero no olvida nunca su propósito firme. Ella será carmelita.

Reorganización de la vida del castillo, fines de 1801 a principios de 1802

La situación del barón era delicada. Estaba en régimen de residencia vigilada y además continuaba desposeído de sus propiedades y sus títulos. La estancia en el extranjero y los viajes de la familia habían agotado prácticamente sus disponibilidades de dinero. Se imponía, pues, un estilo muy austero de vida. Había que poner orden en todos los asuntos y tratar de ir recuperando, en lo posible, algo del patrimonio. Su tío, el conde de Malide, en cuya mansión había vivido en París, había muerto en diciembre de 1800. Por eso, el barón hizo un viaje rápido a París, para poner en orden su situación, visitar a sus familiares y conocidos y para recibir la herencia de su tío. Con ello, pudo empezar a arreglarse con sus hermanos, que le habían conservado algunas propiedades, para ir recuperándolas. Con una administración concienzuda y paciente, el barón iba saliendo lentamente de su ahogo económico.

Con la muerte de la abuelita, el castillo perdió a la "Señora de la casa". Hubo un vacío. Con la vuelta de los exiliados, el castillo recuperó una nueva "Señora de la casa". Ahora es María Ursula, la baronesa. Poco a poco, los vecinos de las mansiones nobles de los alrededores fueron viniendo a visitarlos. Adela admiró cada día más a su madre. ¡Qué nobleza y calor humano cuando acogía a las visitas! Dentro del severo régimen de austeridad impuesto por los aprietos económicos, su madre aparecía como modelo de hospitalidad. El castillo recuperaba su ritmo de vida. Pero Adela se identificaba mucho más con su madre en su acción caritativa. María Ursula seguía manifestando un amor entrañable a todos los pobres, a las familias del pueblecito de Feugarolles, a los habitantes de las alquerías y granjas del entorno. Visitaba a los enfermos, ayudaba a los necesitados, porque para ellos no parecía haber

restricciones económicas. Y en eso, colaboraba el barón con todas sus posibilidades. El corazón bueno y generoso de la baronesa se transparentaba en todos sus actos. Adela sentía un gozo inmenso cuando acompañaba a su madre en sus correrías caritativas.

Adela había llevado hasta ahora una vida agitada, casi nómada. Era hora de que su vida adquiriese un ritmo más sereno y de que se preocupara de hacer estudios y de aprender con seriedad algo. Su madre prefería que continuara en el seno familiar, en el ambiente sano del mundo rural. María Ursula que había conocido la disipación y las frivolidades del París anterior a la revolución, no quería que su hija pudiera quebrar su evolución moral y humana en los climas nada estimulantes de las grandes ciudades. Así pues confió especialmente a su cuñada Catalina Ana que se ocupara de la educación de Adela. También la señora Pachan intervenía, sobre todo, para acompañar a Adela en sus desplazamientos. Empezó además Adela otros aprendizajes más propios de su condición. Aprendió con mucho gusto a coser y a bordar. Más aún, su propia madre la iniciaba en el arte de llevar una casa y de administrar bien. Desde pequeña se acostumbó Adela a llevar un cuadernito con sus ingresos y gastos.

Carlos Policarpo se unió al principio a su hermana Adela en las lecciones que les daba su tía. Pero las miras del barón para su hijo eran las de ponerle un preceptor. Y así fue. En cuanto el barón vio una posibilidad en sus recursos, contrató los servicios de una persona que vino a vivir al castillo.

El señor Juan Bautista Ducourneau

Llegó al castillo a principios del año 1802. Adela, que atisbaba por la ventana, lo vio descender de un carruaje. Su aspecto inspiraba confianza desde el primer momento. Irradiaba un no sé qué de paz y serenidad. Adela se impresionó y tuvo un presentimiento. Ese hombre iba a influir en su vida espiritual de una manera decisiva. Sus modales eran reposados, su mirada clara y tenía un trato sencillo y agradable.

Los informes que había pedido el barón sobre él afirmaban que tenía 37 años y que era un hombre de brillantes cualidades intelectuales y morales. Tenía una gran cultura y había hecho también estudios de teología, pero en ese momento no pertenecía a ninguna congregación religiosa ni había recibido ninguna orden. Era sencillamente un seglar de profunda vida cristiana.

En cuanto empezó a ocuparse de la educación de Carlos Policarpo, se ganó la simpatía de su alumno. Pero no sólo de su alumno, sino de todos los habitantes del castillo.

Castillo de Trenquellón, fines de enero de 1802

Fuera hace mucho frío. Es una tarde invernal; el cielo ha estado nublado y ha soplado viento fuerte y frío. Pero la chimenea del salón está chisporroteando con alegría. Adela está bordando con entusiasmo; está aprendiendo muy deprisa. En ese momento, sólo su madre está también a la vera de la chimenea. Adela aprovecha la ocasión:

- Mamá -dice con suavidad-, ya sabes que yo quiero ser carmelita. ¿No hay alguna manera de adelantar mi entrada? No quisiera que esta vida, que llevamos ahora, me hiciera olvidar mi decisión.

- Hija mía -dice su madre-, ya sé que lo quieres con toda tu alma. Creo que te podrías ir preparando. Tú sabes muy bien que yo no me opongo. Pero yo misma no sabría orientarte. ¿Quieres que le pidamos al señor Ducourneau que te ayude a prepararte a entrar un día en el

Carmelo?

- Sí, sí, mamá -dice Adela sin vacilaciones-. El señor Ducourneau me inspira mucha confianza. Creo que me podrá ayudar.

- Le voy a pedir que te trace un reglamento de vida, con la idea de prepararte a la vida consagrada al Señor, que pretendes llevar. ¿Que te parece?

- ¡Estupendo, mamá! No tardes en pedírselo.

Castillo de Trenquellón, tres días más tarde

El señor Ducourneau dejó su bien cortada pluma. Secó cuidadosamente la tinta de la última página escrita. Por la ventana, entraban los primeros rayos de un sol prometedor. La luz caía de lleno sobre el manuscrito, que estaba, ya terminado, encima de su mesa. El silencio matinal llenaba el castillo. Y el señor Ducourneau pensó en aquella niña. ¡Qué fascinadora atracción hacia una vida consagrada a Dios! Pocas veces se había encontrado con una persona tan fuertemente llamada por Dios. No, él no había escrito este reglamento para una adolescente cualquiera. Era un reglamento irrepetible. Lo había escrito soñando. Sí, eso es, soñando en una niña que quería prepararse para ser toda de Dios. Y lo había escrito rezando. Ahora que se daba cuenta, lo veía muy claro. Aquel reglamento era una oración. Una oración dedicada a Adela.

Y aquí está, reproducido íntegramente, el reglamento de vida que forjó la incipiente personalidad de Adela por los caminos del Señor.

REGLAMENTO

¡Todo para tu gloria, Dios mío!

El interés que tengo por ti, la caridad y en fin tus peticiones reiteradas me impulsan, queridísima señorita, a esbozar aquí algunas líneas para tu progreso en la piedad y para tu instrucción. Deseo ardientemente que puedan serte útiles y te ayuden a adquirir esa perfección que el Señor parece pedirte. Me doy cuenta de que no puedes cumplir sola las grandes obligaciones que has contraído con Dios, por lo que tendré un gran placer en ayudarte con mis débiles luces, convencido de antemano de que te vas a esforzar en seguir las advertencias y consejos que mi caridad se propone darte. Pero de ninguna manera pretendo turbar tu conciencia y menos todavía apenarla. Al someterte a esta regla, no saques la conclusión de que nunca vas a faltar contra ella. Hay circunstancias o razones que pueden oponerse a nuestros deseos o a nuestro fervor. Entonces hay que saber ceder y dejar de lado las obligaciones sin afligirse, con la intención de volverlas a cumplir en cuanto se pueda.

Este reglamento debe ser comunicado a tu madre, y no lo debes poner en práctica hasta que ella lo haya aprobado.

Pasemos a las advertencias y consejos que creo necesarios:

1º Para vencer la indolencia y la repugnancia que podrías experimentar a veces para cumplir tus deberes, debes reflexionar y pensar mucho esta pregunta : ¿Para qué has sido creada? Para amar y servir a Dios y llegar al cielo mediante tus obras buenas. Debes pensar que no estás en el mundo, para buscar tu propio placer y vivir a tus anchas, sino para salvar tu

alma. Los placeres pasan como un sueño y dejan siempre un vacío y remordimientos en el alma. Prefiere siempre la paz de una buena conciencia y no tengas ninguna envidia de los goces mundanos que se procuran las personas de tu edad.

2º Proponte huir con cuidado de las malas compañías, que podrían quitarte el gusto de la piedad, y pídele todos los días a Dios que venga en ayuda de tu incipiente juventud, que dirija tus pasos y acciones y que te ilumine en todo lo que debes hacer para agradarle.

3º No olvides que, después de Dios, tus padres y sobre todo tu querida madre son las personas que más debes querer. Representan a Dios en la tierra. Si les eres indócil, si les respondes mal, si murmuras interiormente contra ellos, si haces con pena y de mala gana lo que te mandan, se lo estás haciendo al mismo Dios. Para encontrar nuevos ánimos en el cumplimiento de tus deberes para con ellos, repasa algunas veces los cuidados, los trabajos, las preocupaciones e inquietudes que han tenido para criarte y para educarte.

4º La caridad debe ser el motivo de todas tus acciones, debes ser atenta, mansa y paciente con todo el mundo, no hablar mal de nadie, interpretar siempre bien los actos del prójimo, aunque sean malos, dejando el juicio a Dios.

5º Evita la crítica y la curiosidad: no quieras saber más que lo que te quieran comunicar.

6º Haz esfuerzos por reprimir tu natural impulsividad. Si no la dominas desde tu juventud, se convertirá en fuente de muchas faltas. Acostúmbrate a hablar a todo el mundo con honradez, dulzura y sin levantar la voz. La religión y tu educación te lo exigen.

7º Prefiere siempre la voluntad de los demás, cuando no sea contraria a la de Dios.

8º Pide a Dios el amor al retiro, y trata siempre de agradarle en la soledad, en donde se tienen profundos gozos y se evita el pecado.

9º Si hay razones que te obligan a aparecer en las reuniones mundanas, llevarás a ellas una agradable alegría y una gran modestia, y pensarás a menudo en Dios mientras estás en ellas.

10º Cuidarás con todo el esmero posible la perfección de tus acciones espirituales o temporales; antes de comenzarlas, actuarás de tal modo que estén dirigidas a Dios y que las hagas enteramente para agradarle. Te acostumbrarás a hacerlas con sangre fría, es decir, sin excesivo ardor y sin precipitaciones.

11º Te recomiendo el trabajo manual, como algo útil para la salvación de tu alma y para impedirte caer en penas interiores que detendrían tu progreso. Opino que debes dedicarte un poco a los quehaceres domésticos, y que sobre este punto te dejes aconsejar por tu madre y por tu tía, y hagas con entusiasmo todo lo que te encomienden. Estas ocupaciones nunca pueden perjudicarte; al contrario, pueden serte muy útiles, sea cual sea el estado que abracés. Y si a veces encuentras penoso el trabajo, se lo ofrecerás a Dios con espíritu de penitencia y recordarás al Salvador agobiado bajo el peso de la cruz; si, al contrario, el trabajo te gusta, hazlo con agradecimiento y ofrécelo siempre.

12º Evitarás con gran cuidado la excesiva disipación, incluso en tus recreos, que serán fijados por tu madre. La disipación lleva ordinariamente a la sequedad y hace árida al alma en la oración y en otros ejercicios de piedad.

13º Te recomiendo la humildad en tus pensamientos, en tus palabras, en tus acciones, en tus vestidos y en toda tu conducta. Ten humildad, sobre todo en tu corazón. Desea ser considerada en nada, ser despreciada por Jesucristo, etc.... y soporta, al menos con paciencia y resignación si no puedes hacerlo con alegría, las penas, las tentaciones y las cruces que te puedan venir.

Tendrás gran cuidado de no tener en cuenta el qué dirán, cuando se trate de la gloria de Dios, es decir, que debes despreciar el respeto humano, que es enemigo de la piedad y un monstruo que nos lleva a omitir el bien y a cometer el mal.

Cuando te critiquen o reprendan tus defectos, no trates de justificarte, a menos que resulte de ello un mayor bien para ti o para el prójimo. Al contrario, agradecerás a las personas que hayan tenido esta caridad contigo y tratarás de mostrarte agradecida con ellas. Huye de las personas que te adulan y que elogian en ti ciertas cualidades pasajeras. Y recuerda que ordinariamente no se adula sino a aquellos que se desprecia o que se quiere engañar o seducir.

14º Ten una obediencia al pie de la letra a tus padres o superiores, para domeñar en ti la voluntad propia y de mortificar la tendencia natural a hacer siempre lo que te agrada.

15º La modestia debe ser una de tus virtudes preferidas. Debes practicarla en tus pensamientos, en tus palabras, en tus acciones, en tus gestos, en la cama, y en fin, en tus vestidos. Así pues, no hagas a solas lo que no harías delante de todo el mundo, y no aparezcas ante nadie, ni siquiera ante tu hermano o hermana o criados, sin estar decentemente arreglada.

16º Si de verdad te importa tu salvación, te prohibirás cualquier canción, novela u otro libro que podrían inspirarte el amor al mundo, a los placeres o a la vanidad.

17º Tendrás sumo cuidado de no leer nunca nada que te lleve al miedo en el servicio de Dios o que te haga temer excesivamente su juicio. Elegirás de preferencia las lecturas amables que te lleven a Dios y que te lo muestren bueno y misericordioso. El amor es el camino que te conviene y por el que debes ser conducida. Cualquier otro camino te perjudicará, te hará caer en un estado penoso y convertiría la piedad en una carga para ti y para los demás.

18º En cuanto a las tentaciones y a las penas de conciencia que el demonio suscite en ti, mantén la serenidad, desprecia al enemigo, porque son nada o menos que nada. El demonio quisiera ir insinuándose en tu alma poco a poco, intimidarte y detenerte en tu marcha. Sé valiente desde el principio y pruébale con tu conducta que no le haces ningún caso. No tiene ningún poder sobre nosotros y sólo nos tienta porque ve que le escuchamos.

19º Tendrás moderación en tus deseos, estarás contenta en la pobreza y en la abundancia. Sabrás contentarte con poco, cuando recuerdes que el Dios a quien sirves no tenía dónde reclinar su cabeza y que, por muy poco que tengas, siempre tendrás más que él.

20º Te recomiendo un gran deseo de los sacramentos, que son los canales por los que puedes recibir las gracias que necesitas para conservar el vestido de inocencia y llegar al fin al que persigues.

Yo opinaría que, si tu conducta se mantiene, se te permita comulgar cada ocho días y en ciertas fiestas del año. En ese caso, todos los sábados, después de un breve cuarto de hora o media hora todo lo más de preparación, irías a decir a tu confesor todo lo que te turba y

seguirías con respeto y obediencia lo que te prescribiera.

En tus confesiones, serás muy sencilla, ingenua, y sincera. Confesarás tus pecados al sacerdote como si lo hicieras al mismo Dios, sin rodeos, escogiendo los términos más claros para hacerte comprender. Somete siempre tus dudas y, una vez aclaradas, no vuelvas a hablar nunca más de ellas. Respetarás lo que te digan en la confesión, como si te lo dijera el mismo Dios por boca de su ministro, y no hablarás de ello con nadie, a menos que se trate de un caso urgente.

En tus confesiones, jamás tienes que volver sobre cosas pasadas, con el pretexto de que no las has dicho bien. Tales vueltas al pasado no harían más que perjudicarte y conducirte poco a poco al escúpulo.

21º Te prohíbo terminantemente repetir una oración o una penitencia porque te parezca que la has hecho mal.

22º No harás nunca una penitencia corporal, ni un voto, ni una promesa, sin haber consultado a tu confesor. Suponiendo que hicieras con su permiso un voto o una promesa, te exijo que lo pongas por escrito.

23º En todas tus comidas, harás una pequeña mortificación, imperceptible a los ojos de los demás y sobre todo a los de tu amor propio, etc....

24º Te mostrarás agradecida al más pequeño servicio que se te haga, incluso con los criados.

25º Rechazarás lejos de ti todo apego fuerte a objetos sensibles y visibles, para no sustraer a Dios una parte de ese corazón que quiere poseer por entero.

He aquí más o menos, queridísima señorita, las advertencias y consejos que tengo que darte. Si, con la ayuda de Dios, consigues ser fiel a todos, no dudo que salvarás tu alma. Pasemos ahora a tus ejercicios diarios, a los que añadiré, quizá, otros consejos, si el Señor me los inspira.

Ejercicios de cada día

Te levantarás entre las seis y las siete de la mañana, si te acuestes hacia las once de la noche; y antes, si te acuestas antes, es decir que procurarás no tener más que de siete a ocho horas de sueño.

Cuando te despiertes, tu primer pensamiento debe ser para Dios, y después de haber pronunciado con respeto los amables nombres de Jesús y de María, elevarás tu corazón a Dios consagrándoselo con un acto interior: "Dios mío, te doy mi corazón y lo consagro enteramente a tu servicio".

Una vez levantada, tomarás agua bendita y besarás devotamente los pies de tu crucifijo.

En cuanto te hayas vestido, lo cual debes hacer modestamente y con presteza, te arrodillarás, pensarás lo que vas a hacer, a quién vas a hablar, lo que vas a pedir y lo que eres. Ofrecerás a Dios tus acciones de ese día, tu trabajo, tus penas y tus contrariedades en expiación de tus pecados y de los de todos los hombres. Después de esta breve preparación, harás tu oración de la mañana y tu meditación. Todo esto durará alrededor de media hora. Por

eso, es preciso haber tenido la precaución de leer la tarde anterior el asunto de tu meditación. El tema ordinario de esta meditación será el amor a Dios, el deseo de ser toda para él, su grandeza, su bondad, su misericordia con los pecadores, la caridad de Jesucristo, su obediencia que tratarás de imitar, su humildad, sus sufrimientos durante el tiempo que permaneció entre nosotros, la ofensa que le procura el pecado, ofensa que podemos desear borrar con el derramamiento de nuestra sangre; en fin la muerte y la pasión de Jesucristo, y tu propia nada, que debes tener continuamente ante tus ojos, para adquirir la humildad que debes manifestar en toda tu conducta. Jamás será tema de tu meditación el infierno, ni el juicio, ni la eternidad o cosa parecida.

Terminada tu meditación con alguna resolución que recordarás durante el día, rezarás las horas menores del oficio de la Santísima Virgen, oficio que recitarás entero todos los días, si tu madre te lo permite. Oirás la Misa en algún momento de la mañana y el resto del tiempo lo emplearás en el trabajo o en los ejercicios de tu edad. Antes de comer, tratarás de sacar un cuarto de hora para una breve lectura piadosa y para hacer un corto examen sobre tu mañana.

Después de comer, tomarás un poco de recreo; luego, trabajo hasta las tres y media, más o menos. Irás entonces a rezar maitines y laudes, que los dirás bastante rápido. Por fin, una lectura muy breve para preparar tu meditación de la tarde. Hacia las seis de la tarde, la meditación de media hora, tras de la cual rezarás algunas veces el rosario. Por la noche, arréglatelas para encontrar un momento y poder leer el asunto de la meditación del día siguiente. Después de cenar, recreo o trabajo hasta la hora de acostarse. Oración con toda la familia, examen de conciencia, y te retiras a tu cuarto. En cuanto llegues a él, te desnudarás rápidamente pensando que un día te vestirán o te desnudarán para enterrarte. Y dirás a Dios: "Enciende, Señor, mi corazón con el fuego de tu divino amor, para que te sirva en un cuerpo casto y para que te agrade siempre con un corazón puro".

Antes de meterte en la cama, rocíala con un poco de agua bendita; haz el signo de la cruz y besa con respeto los pies de tu crucifijo. Acostada en la cama, piensa en Jesús extendido sobre la cruz por tus pecados. Encomendarás tu alma a Dios diciendo: Jesús, sé para mí Jesús, ahora y en la hora de mi muerte, y te dormirás haciendo esta breve oración: Ahora, Señor, según tu palabra, puedes dejar a tu sierva irse en paz; en tus manos, Señor, encomiendo mi alma.

Mi opinión es que todos los años celebres la fiesta de tu patrona, el aniversario de tu primera comunión y el de tu nacimiento y bautizo. Te prepararás al aniversario de tu bautizo por un pequeño retiro de cuatro o cinco días.

Libros que te aconsejo leer

El "Evangelio", la "Imitación de Cristo", la "Vida de los Santos", el "Consuelo del cristiano", la "Confianza en Dios", por monseñor de Soissons, las obras del R.P. Ambrosio de Lombez, capuchino, la "Paz del alma" y sus "Cartas" y las "Meditaciones" del P. Dupont de la Compañía de Jesús, o cualquier otro libro que tu madre te escoja.

Sólo me queda expresarte mis mejores deseos de que seas fiel a este pequeño reglamento, y de que crezcas, de día en día, en piedad y sabiduría. Espero que el Señor te llenará con sus bendiciones y que mi pequeña obra te servirá para progresar en la virtud. Por favor, acuérdate de mí y pídele al Señor, para mí, el espíritu de penitencia para llorar mis pecados.

Adela leyó muy despacio este reglamento. Se emocionó, porque se dio cuenta de que era para empezar a vivir ya una vida consagrada a Dios. Era su preparación para ser carmelita. A medida que iba leyendo, crecía su amistad a Jesús. En realidad, su lectura fue una oración. Al final, sintió un agradecimiento muy grande al señor Ducourneau y rezó por él. Siguiendo a un impulso de su corazón, escribió en el mismo cuaderno lo siguiente:

RESOLUCIONES TOMADAS INMEDIATAMENTE DESPUES DE LA LECTURA DE ESTE REGLAMENTO

Tomo la resolución de rezar todos los días la oración "A tu amparo" por la persona que me ha escrito este reglamento y de ofrecer por él una comunión al mes.

Tomo la resolución de aplicarme principalmente a la práctica de la humildad, de la mansedumbre, de la obediencia, de renunciar a mi propia voluntad y de hacer siempre la de los demás con preferencia a la mía; en fin, de aplicarme a la práctica de todas las virtudes, en particular de aquellas que me son más necesarias para mi estado actual y para el Carmelo.

¡Jesús, Santa María, San José, Santa Teresa, San Bernardo, rogad por mí!

Tomo la resolución de aplicarme a hacer lo que me molesta con un aspecto tan contento como si ello me divirtiera mucho. De recordar sin cesar lo que quiero ser. De aceptar sin pena lo que papá y mamá piden de mí.

5

LA CONFIRMACIÓN

Primeros días de agosto de 1802

La noticia llegó al castillo como un rayo de luz y de esperanza. El 31 de julio se había firmado oficialmente el certificado de amnistía para Carlos de Batz de Trenquelléon. Ya no había que temer registros domiciliarios, ni confiscaciones, ni prisión, ni condena. El barón respiró hondo en plena mañana veraniega. Abrazó conmovido a su mujer y mandó descorchar una botella del mejor vino. Había que celebrarlo. Los niños acudieron corriendo y el barón preguntó a su mujer :

- ¿No podrían tomar un refresco, un zumo de naranja, por ejemplo?

Adela era la que mejor entendía el motivo del inesperado brindis. Sin embargo una sombra de duda se cernía sobre su rostro. No pudo aguantar y preguntó rápidamente:

- Papá, ¿no te irás a reincorporar ahora al ejército, verdad?

- No, hija mía -respondió pausadamente el barón-, no tengo esa intención. Alguno de mis amigos y compañeros lo está haciendo. Yo pienso de otro modo. He sido oficial del rey; no de Napoleón. Es verdad que he jurado respetar el actual gobierno de Francia. Pero eso basta.

El rostro de Adela se volvió más luminoso y María Ursula también dio un leve suspiro de asentimiento y alivio. El barón estaba contento y siguió explayándose:

- Además, con esta amnistía, se me devuelven los bienes que no han sido vendidos; no serán muchos. Pero me encuentro esperanzado. Pienso dedicarme, con vuestra ayuda, a ir recuperando poco a poco algo del patrimonio que nos dejaron mis antepasados. Y he dicho con vuestra ayuda, porque hay que seguir con un régimen de austeridad; no gastar más que lo imprescindible. Quiero estar cerca de vosotros, trabajando. Este es mi puesto, sosteniendo nuestra casa, compartiendo con vuestra madre la tarea de vuestra educación, asegurándoos un porvenir digno.

El barón no añadió otra razón, que sin embargo estaba sintiendo profundamente. Las inquietudes de la guerra, las penalidades del exilio y últimamente la vida familiar también, le habían acercado mucho a Dios. Se había vuelto más religioso. Por eso no le atraían ya los ambientes militares, las tropas y los combates. Añoraba el calor del hogar, el trato sencillo con sus colonos y criados, el ambiente patriarcal y sano de su hacienda y del campo.

Este momento de solaz, en pleno verano, mitigó un poco el dolor que había causado días antes la muerte del tío abuelo Carlos. Otro habitante del castillo que desaparecía para siempre, después de la abuelita María Catalina. Otros habitantes del castillo también se fueron, pero no para siempre, claro está. La tía María Francisca se fue a Condom, a reunirse con sus otras dos hermanas. Ahora Adela tenía tres tías en Condom, viviendo con otras antiguas religiosas y trabajando en un internado para señoritas. El tío Francisco, su mujer y sus hijos, después de haber devuelto al barón los bienes que le habían guardado en los tiempos difíciles de la revolución y del exilio, decidieron establecer su hogar y compraron una mansión en Gajean, no muy lejos de Trenquelléon.

Adela sintió mucho estas separaciones. El círculo familiar resultaba ahora más reducido, más íntimo. Pero el señor Ducourneau había entrado en él, por su piedad manifiesta, su discreción y su saber. Adela seguía teniendo una gran confianza en él.

Agen, 17 de octubre de 1802

Por fin, hay un nuevo obispo en Agen, que hoy está tomando posesión de su cargo. Después de estar vacante un tiempo esa sede episcopal, que tanta confusión y conflicto había vivido en tiempos de la revolución, ha sido nombrado obispo monseñor Juan Jacoupy. El barón se alegró. Lo había encontrado en Londres, cuando estaba refugiado con su tío. Juan Jacoupy era un sacerdote ejemplar de la diócesis de Périgueux. Al negarse valientemente a jurar la Constitución civil del clero, tuvo que emigrar a Londres, donde había permanecido cuatro años. A volver a la patria, una vez amainada la tormenta revolucionaria, encontró en un hotel de París a un general de Napoleón, que llevaba su mismo nombre y era algo pariente suyo. El general prometió al sacerdote que lo iba a recomendar a Napoleón para que lo nombraran obispo. Y ahora, monseñor Juan Jacoupy era obispo de Agen. Y Napoleón se jactaría más tarde que tenía tan buena mano para escoger a sus generales como para nombrar a los obispos.

Este nombramiento ha sido fruto del Concordato, suscrito entre el gobierno de Napoleón y la Santa Sede. ¡Qué penosa, larga y difícil había resultado la negociación de ese Concordato! Principalmente por la ambición de Napoleón. Es verdad que quería la paz con la Iglesia, porque la juzgaba necesaria para la paz interna de Francia. Pero también es verdad que pretendía reducir todo el ámbito de lo eclesiástico al poder civil, es decir a su poder. Fue necesaria toda la habilidad diplomática del Vaticano para poder llegar a un acuerdo. Sea como

fuere, ahora el Concordato estaba en vigor.

Juan Jacoupy, emprendedor por temperamento, tenía la intención de no esperar a una total reestructuración de su diócesis, para iniciar un ministerio episcopal importante: la administración del sacramento de la confirmación. Con tanto tiempo sin obispo, llevaban ya diez años sin confirmar en la diócesis. El nuevo obispo ya ha pensado establecer una lista de días en que va a confirmar a todos los que estén en edad y den pruebas de estar suficientemente formados para recibir este sacramento. Y lo va a hacer en su capilla particular. No puede esperar a que haya una catedral. La antigua de San Esteban está en ruinas, debido a los desmanes revolucionarios. Probablemente usará en el futuro esta iglesia colegial de san Caprasio, donde está tomando posesión ahora. San Caprasio fue un mártir, nativo de la región, del siglo III. Por ahora, la confirmación la administrará en el obispado.

Monseñor Juan Jacoupy sale revestido de pontifical a las puertas. El barón, que ha asistido con su familia a la ceremonia, se le acerca y le saluda respetuosamente, dándole la enhorabuena. Monseñor Jacoupy, al reconocerlo, le abraza efusivamente. Adela saluda con emoción a su nuevo obispo. Su padre le ha hablado muy bien de él. En ese momento, Adela no podía sospechar la enorme importancia que iba a tener este obispo en su vida y en su obra. Un sol otoñal espléndido inunda la plaza. Los fieles que la llenan están esperando con ansia la reconstrucción religiosa de la diócesis. Tampoco estos fieles sabían lo que iba a representar para la ciudad de Agen y para el futuro esa niña que ahora saludaba graciosamente al obispo.

Vísperas de Navidad de 1802

En el castillo, se están haciendo los preparativos para la celebración de la Navidad. Sigue habiendo un régimen de reducción de todos los gastos. No podrá haber grandes festejos. Serán fiestas íntimas y familiares. El clima en que se vive es casi monástico. Adela y su madre están repasando las cuentas de la casa. Han acabado ya y la baronesa aprovecha la ocasión para plantearle a su hija otra cuestión.

- Adela, hija mía, tienes ya trece años y medio. Estás bien formada en catecismo, practicas tu reglamento de vida. Estás pues en condiciones de recibir la confirmación. ¿No te parece que te podemos inscribir en uno de los días en que monseñor Jacoupy ha establecido para ello?

- Sí, mamá, claro que sí -contesta en seguida Adela-. Pero no quiero que me suceda como en mi primera comunión, que casi no tuve tiempo para prepararme. Yo quiero prepararme con tiempo a recibir el Espíritu Santo. Es un momento muy importante de la vida.

- ¿No crees que siguiendo tu reglamento, intensificando un poco tu oración, te puedes preparar aquí? -vuelve a preguntar su madre.

- Mamá, mamá -interrumpe Adela-, se me está ocurriendo una idea. Tú ya sabes que en Agen, hay una comunidad de carmelitas. ¿Por qué no puedo irme a vivir con ellas una larga temporada de retiro? Seis semanas, por lo menos.

- Es un poco exagerado -comenta la baronesa-. ¿No te parece? Además, no son propiamente un monasterio. Ya sabes que el Carmelo de Agen fue dispersado en 1792 y algunas religiosas se fueron a Zaragoza y otras volvieron a sus casas.

- Sí, pero otras se quedaron en Agen -contesta rápidamente Adela- y se han reunido en una casa para vivir según la Regla de Santa Teresa. No serán oficialmente un monasterio,

pero son efectivamente una comunidad y yo quisiera vivir con ellas. Sería una prueba maravillosa para mi vocación y una preparación ideal para mi confirmación. ¡Me gustaría tanto!

Había tanto amor y tan sincera insistencia que María Ursula cedió. El barón también se dejó convencer por la madre y la hija. Pero los demás familiares consideraron que Adela se estaba excediendo un poco y que sus padres no se lo debían haber permitido. A veces los caminos de Dios resultan incomprensibles para los hombres.

Primeros días del año 1803, en la comunidad de carmelitas de Agen

Las religiosas están sorprendidas y edificadas. Esa niña, Adela, ¡qué fervor tiene! Está viviendo con ellas y sigue todas las oraciones, prácticas y penitencias de la Regla. Manifiesta además un gozo interior profundo. No muestra nunca cansancio ni aburrimiento. Quizá sea un milagro de la gracia. ¡Tan pequeña todavía!

Adela en efecto ha descubierto el valor de la oración en el secreto del corazón. Un deseo impetuoso está surgiendo: no servir más que a un solo Señor, Nuestro Señor Jesucristo. Es su amigo y único Señor. Poco a poco lo está viendo claro: tiene que esforzarse en ser santa. Eso es, va a recibir el Espíritu Santo. Pero para que el Espíritu Santo pueda actuar en ella, tiene que vencer todos sus defectos. Sólo así podrá santificarla. ¡Con qué ansia desea los dones del Espíritu Santo! Los está meditando y ve que los necesita más que nunca.

Son las tres de la tarde. Un sol muy invernal penetra por la ventana de la habitación que sirve de oratorio. Adela se está habituando a una costumbre del Carmelo. Es la hora de la muerte de Jesús en la cruz. Adela adora en su interior a su Señor y amigo, que muere. Todas las carmelitas lo hacen en silencio todos los días, allí donde estén en ese momento. Ella está hoy a esa hora en el oratorio. Silenciosamente se postra en tierra y adora.

Agen, capilla del obispado, 6 de febrero de 1803

Son las nueve y media de la mañana. Un grupo de niñas con sus familiares más íntimos se levantan, cuando entra el obispo, con sus monaguillos. Va a empezar la celebración del sacramento de la confirmación. Adela se concentra en su interior. Sigue con mucha atención todas las oraciones. Llega el momento en que monseñor Juan Jacoupy impone sus manos sobre ella y le unge con el crisma:

- Recibe el don del Espíritu Santo.

Adela sólo ve a Dios y a ella. Se estremece de alegría y vigor. Y lo ve muy claro. Dios la quiere solamente para él. En ese momento, tiene un arranque interior y promete al Espíritu Santo una serie de resoluciones, que esa misma tarde escribirá en su cuaderno, después del reglamento de vida :

- *Renunciar completamente a mi propia voluntad*
- *Renunciar completamente a la cólera*
- *Renunciar completamente al orgullo*
- *Renunciar completamente al respeto humano*

Al salir de la capilla, Adela se sentía repleta de fuerza interior. El Espíritu Santo la había llenado de luz y de esperanza.

Agen, comedor del obispado, 6 de febrero de 1803

Nunca había habido semejante tintineo de voces cristalinas en el adusto comedor del obispado. Monseñor Juan Jacoupy está feliz. Quiere ser un obispo cercano a sus feligreses y ha invitado a tomar un ligero almuerzo a los confirmados y a sus padres. Hay un clima desbordante de gozo y un sol invernal que se cuele juguetón por las altas ventanas.

Adela está a lado de una apacible jovencita que se acaba de confirmar con ella. En seguida entablan conversación.

- Me llamo Adela de Batz. Vivo en el castillo de Trenquelléon, que está en el municipio de Feugarolles.

- Yo me llamo María Teresa Diché -responde la jovencita-, pero hoy he cambiado mi nombre. Quiero llamarme Juana, en honor a santa Juana de Valois, cuya fiesta fue anteayer. Vivo aquí en Agen, porque mi padre es magistrado. También me llaman *Dicherette*, porque soy la mayor de cinco hermanas Diché. Ahí enfrente está Agueda, que también se ha confirmado hoy. Y hay otras tres más en casa. ¡Qué interesante vivir en un castillo en pleno campo! Cuéntame.

La conversación se engarza vivaracha entre las dos. Parecen dos amigas íntimas que se ven después de una prolongada separación. En realidad, difieren mucho las dos por la edad y por el temperamento. Adela no tiene aún catorce años, Juana tiene ya dieciocho. Adela es expansiva, impulsiva, llena de vida; Juana es pacífica, amable, de una gran mansedumbre. Quizá por eso, se caen tan bien una a la otra.

Es tan llamativa su intimidad y su conversación que los padres de ambas se acercan también. María Ursula reconoce a Juan Bautista Diché, porque ya había recurrido a sus servicios de abogado en 1796. El barón está encantado de la actitud amistosa de las dos hijas. Juana Diché parece estar muy interesada por la vida en el castillo. El barón dice en seguida al magistrado:

- Amigo Juan Bautista, traiga Vd. a su hija a Trenquelléon. Déjela con nosotros una temporada. Lo pasará muy bien con mi hija. Se harán bien mutuamente.

- Muchas gracias, barón -contesta el señor Diché-. Viendo cómo están conduciéndose aquí, parece seguro. Lo haré esta primavera.

Adela y Juana aplauden entusiasmadas la decisión de sus padres y continúan enfrascadas en su conversación. Se diría que el Espíritu Santo que ambas han recibido las ha acercado providencialmente hoy. Estaba naciendo una amistad para la eternidad. Adela no podía adivinar que en el momento de su muerte tendría a su lado a su querida amiga *Dicherette*.

Castillo de Trenquelléon, primavera de 1803

El jardín del patio del castillo está en flor. Es una primavera de ilusiones y esperanzas. Adela y Juana Diché se pasean charlando animadamente. Ayer mismo, llegó Juana y se interesa ahora por el ritmo de vida de su amiga.

- Dices que tienes un reglamento de vida. ¿Cómo lo has conseguido?

- Me lo hizo el preceptor de mi hermano Carlos Policarpo -le contesta Adela-. Ayer por la noche también le saludaste un momento. Es el señor Ducourneau, un hombre muy equilibrado. Mamá le pidió que lo hiciera. Ya sabes que quiero ser carmelita. El reglamento es para prepararme.

- No me imagino cómo puede ser ese reglamento -dice Juana-. ¿No podrías decirme algo?

- Te he traído mi cuadernito para que lo leas -contesta rápidamente Adela-. Si somos amigas, no debemos tener secretos. Mira, vamos a sentarnos en ese banco y lo leemos.

Las dos amigas así lo hacen. El clima es francamente suave, casi acariciador; el sol, primaveral; las confidencias juveniles están henchidas de esperanzas. Adela ha conquistado con su vivacidad a Juana. Esta se queda impresionadísima por la lectura del reglamento.

- Se me ocurre una cosa -dice tímidamente Juana-. Ahora que voy a pasar aquí contigo estos quince días, ¿por qué no hacemos juntas las oraciones y prácticas que dice tu reglamento? ¿Por qué no vivimos según el horario que indica?

- Me encantaría -contesta Adela-. Mira ahí viene el señor Ducourneau. Vamos a hablar con él.

Adela y Juana se levantan casi saltarinas y saludan amistosamente al señor Ducourneau. Le comentan la resolución que acaban de tomar. Ducourneau sonríe con simpatía y, en el fondo de su corazón, agradece al Señor que está actuando con su gracia en aquellas dos amigas.
